

PATRIA VIEJA

AÑO XI – Nº 13
SANTIAGO DE CHILE

NOVIEMBRE 20 1963

INSTITUTO HISTÓRICO
CARRERA

“Uso exclusivo VITANET,
Biblioteca Virtual 2003”

Chile ha tenido cuatro banderas nacionales

Eulogio Rojas Mery

PRIMERA BANDERA

(4, de Julio de 1812)

Había consenso unánime de que ésta fue confeccionada por doña Javiera Carrera, y que fue presentada al público en las festividades con que fue celebrado en Santiago, el aniversario de la Independencia de Estados Unidos, el 4 de Julio de 1812.

Los respetables historiadores Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Vicente Pérez Rosales, entre otros, afirman que esa Bandera tenía tres fajas horizontales con los colores azul, blanco y amarillo.

Ultimamente, el ponderado académico, señor Luis Valencia, en un largo estudio publicado en el Boletín de la Academia de la Historia Nº 63 del 29 semestre de 1960, disciente de aquellas opiniones, y descalifica a esos opinantes porque Barros Arana y Amunátegui no fueron contemporáneos de ese acontecimiento y porque Pérez Rosales era en ese tiempo, un muchacho de sólo 5 años de edad. Nada le importa al académico señor Valencia que Pérez Rosales haya crecido durante aquel glorioso período de la Patria Vieja y que en 1819 concurriera al fusilamiento de Juan José y Luis Carrera, en Mendoza.

Para el referido académico, tiene más valor histórico un poema de Camilo Henríquez en el que, refiriéndose a la "ESCARAPELA" creada por el General Carrera para el ejército, dice

que sus colores representaban "la Majestad popular, la Ley y la Fuerza". De esta sencilla frase, que bien pudo ser una pequeña licencia literaria, el académico señor Valencia, desplegando sus vastos conocimientos de la HERALDICA, llega a la conclusión de que esos colores simbolizan: el blanco, era, el color de los borbónicos y representa la majestad popular que el azul era el color de la justicia, y el amarillo simbolizaba la fuerza. Agrega, además, que el azul era el color de los uniformes usados por los revolucionarios de la Vendee. En virtud de tan sólidas premisas, concluye, el académico en referencia, afirmando, urbi et orbi, que la primera bandera nacional tenía sus colores en el siguiente orden: blanco, azul y amarillo.

A mayor abundamiento, el opinante refuerza esa débil argumentación, recordando que el General Ossorio, al enviar al Virrey los trofeos obtenidos en su campaña de reconquista, incluyó una bandera a la que le habían quitado antes la franja blanca. Deduce de este simple detalle que esa faja blanca ha debido estar en la parte lateral y no en el centro, porque de otra manera Ossorio no habría hablado de bandera sino de unos pedazos de ella.

Por mi parte, contaminado con la forma de argumentar del académico señor Valencia, he llegado a suponer que haya podido suceder que se

utilizó esa franja blanca para formar la bandera blanca que usó el parlamentario Comandante Pinuer, cuando llevó a Santiago el "ultimatum" de Ossorio a Carrera, con la dirección de "A los que mandan en Chile". ¿Esos sobrantes de la bandera no han podido ser cosidos, después?

Nosotros, tenemos la firme convicción de, que, si doña Javiera, hubiera oído, de boca del fraile de la Buena Muerte, esas explicaciones académicas sobre los colores de su bandera, habría respondido, irreverentemente: "No me venga, fray Camilo, con esas pamplinas de la HERALDICA y del color de los uniformes de la Vendee, Lo que yo he querido simbolizar es el azul del cielo, las nevadas cordilleras y el fértil campo de mi querida patria chilena".

Esta bandera tuvo su consagración oficial en el Senado consulto de 1813 que dice: "En lugar de la bandera española que se ha usado hasta hoy,

se substituirá el tricolor en la forma del modelo, que se ha puesto en Secretaría, que para los buques mercantes será sin escudo".

A, propósito de esto, recuerda el señor Valencia, que el miembro de la Junta, señor Eyzaguirre, habría dicho en esa oportunidad: "Se nos avisa de Concepción, que allí se había fijado la bandera tricolor, que ella tremolaba en Talcahuano y el Ejército y pide (Carrera) se ponga en todo el Estado. EL GOBIERNO SE DESENTIENDE, pero, al fin, VIO QUE ERA PRECISO COMPLACER".

Evidentemente esa Junta, formada por Francisco Antonio Pérez, José Miguel Infante y Agustín de Eyzaguirre, no ha podido ver con buenos ojos, esa petición del General Carrera, porque esa bandera sería un serio tropiezo en las gestiones, que meditaba, de enviar proposiciones de paz a los realistas, las que, cuando fueron propuestas, rechazó el comandante Sánchez, desde Chillán.

SEGUNDA BANDERA

(Octubre de 1817)

DE TRANSICION

Después de Chacabuco, en el afán de anular las obras patrióticas de Carrera, el nuevo Gobierno substituyó, el color amarillo de la bandera por el color rojo, en recuerdo de la sangre derramada en Rancagua.

Nosotros aceptamos, gustosos, ese cambio, porque aquella sangre vertida en Rancagua fue sangre de los héroes del Ejército organizado por Carrera, del cual él era su General en Jefe.

Esta es la primera modificación en sus colores que tuvo la primera bandera, pues el hecho de que se le haya agregado la colocación de un escudo a las banderas de guerra, no importan un cambio de bandera.

El señor Valencia, en el estudio que he indicado anteriormente, sigue empeinado, afirmando, ex cátedra, que esta bandera llamada "de transición", tenía sus tres colores en el orden de blanco, azul y rojo.

Para él nada dicen los siguientes hechos que también cita:

1º.- Que el pintor Van Dorse, contemporáneo de aquellos sucesos, en su cuadro sobre in, batalla de Maipú, reproduce esta segunda bandera con los colores de azul, blanco y rojo; y

2º.- Que el propio don Bernardo O'Higgins, cuando comandaba el ejército contra la resistencia de Ordóñez en Talcahuano, haya oficiado a Arcos que, le remitan a Concepción, ciento treinta banderas tricolor, AZUL, BLANCO y COLORADO, que se necesitan, con urgencia, para las lanzas de la Escolta".

TERCERA BANDERA

(18 de Febrero de 1826)

Como se hubieran producido numerosas reclamaciones sobre el uso de la segunda bandera, debido a que, por no estar determinadas sus dimensiones y la manera de su colocación al público, esa bandera azul, blanca y roja, si se colocaba en forma horizontal ERA IGUAL A LA BANDERA DE HOLANDA; y si se la colocaba con sus franjas en sentido vertical, era IGUAL A LA BANDERA DE FRANCIA, ya se tratara de la bandera de guerra, con escudo, o de la destinada al uso, de particulares, sin tal distintivo. El Gobierno para remediar esta situación irregular que había sido reclamada por representantes de esas naciones se vio obligado a cambiar el orden de esos colores y dictó el decreto del 18 de Febrero de 1826 que dice: 19 El Pabellón Nacional de tres cuarteles, BLANCO, AZUL Y ENCARNADO,

En jerga jurídica, hay un aforismo que dice: "a confesión de parte, relevo de prueba", que nosotros modestamente respetamos, y, por tanto, seguiremos sosteniendo, con O'Higgins, que la bandera de transición fue de los colores AZUL, BLANCO y COLORADO.

Esto, no obstante, no es óbice para que otros no admiremos la firmeza con que el señor Valencia sostiene la infalibilidad de su tesis, en tiempos como los actuales en que hasta la infalibilidad del Sumo Pontífice, corre el peligro, de ser suprimida en el presente Concilio Ecueménico.

con la estrella blanca en el cuartel azul, sólo puede tremolarse en los, ejércitos, plazas de armas, fortalezas y embarcaciones de guerra de la República.

2º.- Los buques mercantes e individuos particulares, pueden usar en sus casas la bandera tricolor dividida en tres cuarteles, pero sin la estrella".

Fácil es comprender que, si no hubiera estado antes el color blanco al centro, no habría tenido para qué ordenar por este decreto que fuera reemplazado por el color azul en el centro de esa bandera.

Anotaremos, además, que sólo con esta reforma, aparece la estrella en nuestro Pabellón Nacional, y con el cambio de ubicación de los tres colores, quedó la ESTRELLA AL CENTRO DE LA BANDERA.

CUARTA Y ULTIMA BANDERA

(4 de Julio de 1854)

Como siempre había desorden en el uso de nuestro emblema y tanto los particulares como las naves mercantes, usaban indistintamente la antigua y la nueva bandera, sigue subsistiendo la SIMILITUD de la bandera AZUL, BLANCA Y COLORADA con las banderas de Holanda y Francia. Por este motivo el representante diplomático de Francia, persistió en sus anteriores reclamaciones.

El Gobierno, comprendiendo los justificados motivos aducidos por el representante de Francia, se vio obligado a hacer una nueva distribución de la forma y colores de nuestro emblema nacional, como se puede ver en el siguiente documento, que está inserto en el Tomo XXII del Boletín de las Leyes y Decretos con el N° 317:

"En contestación a las diversas notas que V. S. me ha dirigido, con motivo del deseo manifestado por el señor Encargado de Negocios de Francia en este país, de obtener una declaración y diseño exacto del pabellón de la República de Chile, tengo orden de dar a V. S. la siguiente descripción y declaración de dicha bandera.

El Pabellón de Chile lo componen los tres colores, azul, blanco y rojo, combinados del modo siguiente:

DOS FAJAS HORIZONTALES dividen por mitad el ancho de la bandera, la FAJA inferior, roja, la superior, blanca, en los dos tercios de su vuelo y azul en su tercera parte inmediata a la vaina, con una estrella blanca de cinco picos en medio del cuadro azul.

Las dimensiones de la bandera son: en la vaina, dos tercios de su vuelo.

El Pabellón de Chile es uno y el mismo para las plazas, castillos, buques de guerra y mercantes.

El estandarte del Estado lleva la adición del escudo de armas de la República colocado en la conjunción de los dos colores, blanco y rojo, hacia la medianía de la bandera.

Dios guarde a V. S.

Pedro Nolasco Vidal

Al Comandante General de Marina".

El desconocimiento de estos hechos es resultante de la poca atención que, en Chile, se ha dado al educar a nuestra juventud en los verdaderos pormenores de nuestra historia patria, y, por ello, se ha visto la atrocidad de hacer figurar en nuestros billetes de diez escudos, la bandera nacional creada el año 1854, en el cuadro del "ABRAZO DE MAIPU" que figura en el respaldo.

El general don José Miguel Carrera en la fundación del Instituto Nacional.

Discurso pronunciado en el Congreso Nacional por don Eduardo Moore Montero con motivo de cumplirse 150 años del nacimiento del Instituto Nacional.

No se ha cumplido un año desde la fecha en que en este Salón de Honor del Congreso Nacional se celebró el sesquicentenario del Primer Reglamento Constitucional de Chile. Como acertadamente lo aseguró entonces un orador, ese Documento puede considerarse como la solemne Declaración Oficial de la Independencia de la Nación.

Para nosotros, esa fiesta patriótica tuvo, además, otro significado. En ese acto cristalizó la voluntad de muchos chilenos estudiosos y limpios de prejuicios de iluminar para siempre la memoria sin manchas de don José Miguel Carrera. Los oradores trazaron, en la oportunidad indicada, las líneas fundamenta les dé un proceso de revisión de los errados antecedentes y ardientes apreciaciones que, en el transcurso de generaciones, han ido desnaturalizando los móviles, los, actos y hasta las ideas mismas de un patriota ejemplar.

La Historia de un pueblo, el análisis sistemático de una Civilización, el prolijo examen de extensos períodos en la evolución de la Humanidad sufren continuas revisiones que tienen su origen no sólo en sorprendentes descubrimientos arqueológicos, y en revelaciones de Crónicas y Archivos olvidados sino principalmente en métodos flamantes aplicados a la interpretación de estos elementos de

juicio, y al novísimo criterio con que se estudia el material acumulado. Así se obtienen conclusiones que demuelen prejuicios, ofrecen visiones insospechadas de épocas y personajes, y provocan una fecunda labor de estructuración de conceptos que nos parecían inamovibles.

Actividad científica, en continuo proceso de integración o cambio, la Historia nos ofrece enaltecidas y saludables sorpresas. La filosofía, la sociología las ciencias y las artes les van confiriendo a los acontecimientos y a los hombres que en ellos actúan una alineación y un rango que obedece a contrapuestas influencias: religión, cultura, temperamento individual... La Emancipación de América no puede estudiarse en anchura y profundidad utilizando exclusivamente el contenido del "Bolívar", de Salvador de Madariaga. Es indispensable leer también los tomos que nuestro don Francisco Encina dedica a ese tema apasionante. Agreguemos algo más. Han debido correr un siglo las turbias aguas del Mapocho para que los chilenos sepamos a ciencia cierta cuáles fueron los antecedentes y cuáles los resultados de la acción política de Portales. Sólo después de algunos decenios la figura de Balmaceda se yergue segura en el pedestal de gratitud y

admiración que le han acordado sus compatriotas.

De Carrera nos queda mucho que decir todavía dentro y fuera de Chile. Ningún fundador de la patria ha sido más injustamente tratado por historiadores y comentaristas. ¡Y pensar que ninguno soportó en vida y en menos tiempo físico una secuela tan implacable de dolores materiales y morales! Ningún Padre de la Patria fue más cruelmente castigado por los hombres. Tampoco ninguno lo superó en el esplendor de su fugaz trayectoria y es difícil borrar sus realizaciones positivas y duraderas. Resumiendo en pocas líneas su biografía habría que decir que fue uno de los actores más audaces, con geniales visiones del porvenir, y más duramente azotado en su destino individual, en sus afectos y legítimas ambiciones. Su obra no muere y estamos recibiendo todos los chilenos sus beneficios. La apostura gallarda, la elegancia del gesto, esa alucinante sucesión de episodios que ensombrecen y encienden su figura de oficial intrépido, de conspirador astuto, de Jefe Supremo creador de instituciones novísimas, y por fin de caudillo errante por foráneas tierras, lo sitúan fuera de los límites de la Historia misma, destacándolo en un empinado y vago confín de Leyenda y Epopeya.

Publicistas y hombres que han pesado en la opinión pública deformaron los pequeños y grandes episodios, las campañas militares y hasta su obra constructiva de gobernante. Pero el tiempo avanza, enmienda errores y una vivificante atmósfera serena los espíritus y limpia los criterios. Ahora sabemos que fueron brillantes sus juveniles

años, de adiestramiento militar en la Península, cuando su suerte y su espada estuvieron al servicio de una causa de liberación nacional. Viendo sojuzgada a España por el invasor comprendió que se abría una era nueva para la América Colonial. En 1811 ya está en Chile, su Patria, y le bastan pocas horas para comprender que el grito de Independencia absoluta y total ha sido apenas murmurado entre dientes. Exalta el ánimo de sus compatriotas, conquista voluntades esquivas a la causa, y cuando se apodera del Poder, todos comprenden que ya no caben titubeaciones y que los lazos con la Metrópoli ya no existen sino, como un recuerdo o un temor secreto. Ahora es preciso seguir luchando por organizar una Patria nueva y defenderla con inquebrantable fe. Y es lo que realiza Carrera en el espacio de algunos *meses*, *el* año 1812. Es *el* chilénísimo y glorioso año de los Carreras, como lo ha bautizado un Historiador justiciero. En 1813 alcanza a dar feliz remate a muchos de los proyectos que bullían en su mente. No los enumeraremos, ni es esta la oportunidad de analizarlos insistiendo en la honda repercusión que en nuestro progreso cívico y cultural ellos han tenido. Sólo, queremos evocar la hermosa realidad de uno de sus más acariciados sueños. Es uno de larga resonancia que representará de inmediato, para la República naciente la posibilidad de formar generaciones de ciudadanos, conscientes del cumplimiento de obligaciones y del ejercicio de derechos recién apenas conquistados. Aquí estamos reunidos, amigos compañeros del

Instituto Nacional porque esa llama que el gran visionario encendió, sigue alumbrando a Chile, pone fuego en nuestros fervores cívicos y hasta embellece nuestras palabras con su reflejo.

Nuestro, Colegio es su obra. De las aulas de este plantel han egresado miles de chilenos, moral e intelectualmente capacitados para trabajar en el transcurso de muchas décadas en la larga y difícil faena de construir una Nación en forma, en su espíritu y su materialidad, y hacerla respetada, próspera y libre.

Así adivinó Carrera que se afianzaba para, siempre la Independencia de su Patria: plasmando una nueva mentalidad, enseñando un firme estilo de convivencia cívica; poniendo en las almas y en las mentes de los niños por influjo del maestro, y al través de métodos renovados, un sello imborrable de democracia y chilenidad. Así tutelado y preparado en ese nuevo Hogar del saber, un pueblo joven tomaba conciencia de existir como apretada familia humana. Ahora los chilenos comprendían agudamente lo que eran en realidad y para siempre: conglomerado étnica y políticamente diferenciado, instalado en una angosta, larga y apartada región del planeta, donde el clima era acogedor, la tierra generosa y el paisaje severo y atrayente. Raza

formada en casi tres siglos de guerras, sobriedad y soledad: homogénea, fuerte, y orgullosa, Por fin era dueña de su destino y daba los primeros pasos por estructurar una nación. Muy pronto ocuparía en América un sitio propio y honroso por la firmeza de sus; instituciones republicanas, la capacidad y rectitud de sus gobernantes y la férrea voluntad con que sus hijos defendían las libertades conquistadas y la soberanía de su suelo patrio.

Hermosa tradición guardan celosos los viejos muros de la Casa Institutana. Ahora ellos transmitirán su espíritu al nuevo edificio en cuyas aulas vibrará el soplo animador del chileno visionario: don José Miguel Carrera. Instalado en su cátedra invisible, el Prócer seguirá dictando la lección de invencible fe en los destinos de Chile. Y sus inaudibles palabras serán tan reales y efectivas como nuestros- más limpios sueños de perfección individual, y tan fuertes y sinceras como nuestros anhelos de ver feliz y próspera esta tierra querida. Carrera nos estará señalando la senda que él buscó heroicamente, cuyos primeros tramos señaló su genio y su coraje: senda que nos lleva a realizar una obra de justicia y de solidaridad humana, y de engrandecimiento de la Patria de todos los chilenos.

Eduardo Moore M.

Homenaje del regimiento simbólico de caballería “Bueras” a la memoria de Manuel Rodríguez.

Palabras pronunciadas en Til-Til, el 26 de mayo de 1963, por el jinete de P. M. D. Jorge de Allendesalazar Arrau

En el anochecer del domingo 24 de mayo de 1818, a escasos días del triunfo de Maipo, fue ultimado en esta tierra generosa el Guerrillero Inmortal, crimen de, móviles alevés, enclavado en los tristes acaeceres de nuestra historia y que gravita como lápida de oprobio sobre el despreciable Monteagudo, Rudecindo Alvarado y el ejecutor Antonio Navarro, cuyas sumisas disposiciones permitieron otorgar culminación a la infamia. ¡Gracias sean dadas al Cielo de que no fueren chilenos quienes victimaron al prócer admirable!

Manuel Rodríguez ha superado el exilio del olvido, en el que pretendieron sepultarle aquellos que desearían ignorar la grandeza de sus méritos y el significado permanente de su figura de tan avasalladores perfiles. No han bastado en la pretensa consumación de la injusticia las medradas consideraciones que otrora se esgrimiesen, valorizadas entonces con políticos intentos y que carecen de la más mínima respetabilidad, ni la momentánea tuición de sectores hasta ahora imperfectamente individualizados, o las fuertes presiones de inspiración foránea que se empeñaran.

No obstante el auxilio exterior de los albores, cuán infinitamente solos hemos estado siempre los chilenos, forjando el destino con nuestros

propios medios, al calor del idealismo y el señorío que heredamos de lo mejor de España. Nuestra idiosincrasia perfeccionó los moldes y acaso extravasó en ciertos aspectos las virtudes del crisol original.

Vibramos de indignación ante la iniquidad y no la olvidamos más, aunque nuestro natural apacible la mantenga tras los imperativos de la convivencia cortés, prestos siempre al perdón cuando éste es merecible. Pero, cuidado con despertar al león que reposa muy en lo hondo de la nacionalidad: allí están las páginas de la Historia, que no han de desmentirme.

El horror del crimen que costó la vida al Guerrillero perdura firmemente en la conciencia de Chile, si bien no falten menguados que lo justifiquen como medida necesaria destinada a consolidar el proceso emancipatorio dentro de la rigidez de ciertos principios estáticos, como si el delito ha de asilarse en la absoluta impunidad si se ha cometido bajo el amparo de justificaciones, que no pueden discutirse sin faltar a los más elementales principios de la ética. El crimen es tanto más vituperable cuando se vulneran factores esenciales de la gratitud, o se destruye el símbolo viviente de una causa sagrada. Manuel Rodríguez, magnífico exponente de las heroicas

prestancias de nuestros libertadores, lo fue en el grado excelso dentro de la jerarquía de valores que comenzaba a tomar vigor en nuestra nueva patria.

Su personalidad subyugante y apasionada forjó en el pueblo como una leyenda de sus hazañosas transhumancias, porque los acontecimientos que fueron por él auténticamente protagonizados, si no existiese innumerable y arraigada evidencia de su verosimilitud, semejarían, hallarse vestidas tan sólo; de ropaje poético, escogido para producir inevitable atracción en el ambiente ciudadano. La bravura de apariencia irreflexiva que mostrara, el concepto dominante, avasallador, que guiaba sus pasos, alimentado en el amor inextinguible por la libertad, ese olvidarse de sí mismo, ciego y sordo a las precauciones razonables, y de la prudencia, que no aminora por cierto las expansiones del valor, y su propia rebeldía, ¡bendita rebeldía!, que es como la quintaesencia de la que indujo a los emancipadores a conquistar los justos desechos de la mayoría de edad, Manuel Rodríguez realizó la tarea inmensa y peligrosa de crear a su derredor, y otorgarle práctica fructificación, una mística que se adentró, más que en nadie, en el alma del humilde; alguien le calificó con oportuno acierto como "el gran animador de la causa nacional". Y no caben dudas de que, en verdad, así fue.

La maravillosa trayectoria de su vida perdura en los escritos y las consejas amables. El monumento de Santiago, que le inmortaliza llevando en la diestra la antorcha que iluminó los corazones de esperanza, es la

expresión más exacta de su breve peregrinaje a través de la vida.

El pueblo de Til-Til, que, en seguida del sacrificio, mostró con altivez la vena de su patriotismo con el gesto vibrante de la unánime repulsa, es el legítimo custodio del recuerdo de la postrer tragedia. Sería injusto y arbitrario separarle de ese pedazo de gloria, que lo tiene por los designios del Altísimo.

Los "BUERAS", compañeros de arma -si bien, tardíos- del Insigne Húsar de la Muerte, hemos venido a ofrendarle el ardoroso homenaje de nuestra invariable admiración en el sitio mismo que recibiera su cuerpo ya sin vida. La placa de bronce que entregamos al pueblo de Til-Til ha de ser para sus dignos habitantes y los viejos jinetes de Caballería (que por orden del Comando represento), y todos los chilenos, la visible y renovada manifestación de un acontecimiento que jamás habrá de olvidarse: la tierra de estos campos tan genuinamente chilenos fue fecundada aquel domingo de mayo por la sangre bullente del patriota más amado de sus conciudadanos. Los Institutos de Conmemoración Histórica de Chile y de Investigaciones Históricas "José Miguel Carrera", a cuyas directivas tengo la honra de pertenecer, me han encargado acentuar su más emocionada adhesión en esta circunstancia de tan intenso valor rememorativo.

(Pronunciadas en Til-Til, por el Tte. Coronel (R) Jorge de Allendesalazar, frente al monolito a Manuel Rodríguez, el domingo 26 de mayo de 1963, ante las autoridades edilicias, Jefes y delegaciones del Ejército, pueblo y jinetes de "Bueras").

Respuesta del General Carrera al ultimátum del General Ossorio

Eulogio Rojas Mery

"Los enemigos del pueblo americano cada día presentan nuevas pruebas en su conducta siempre contraria, de que un interés y el encono del espíritu privado son la única regla de sus procedimientos. Chile había sacrificado a los deseos de la paz cuantos hasta la época de las capitulaciones fueron manifestados por el Virrey de Lima, que en todas sus partes los ha desaprobado, (alusión al Tratado de Lircay), según el oficio de V. de 20 del corriente. Un nuevo reconocimiento de Fernando VII y de la Regencia, y la remisión de Diputados que sancionasen la Constitución alejaba hasta las apariencias el título de insurgentes que se ha querido hacer valer para saciarse en la sangre de los hijos del país, el odio implacable de los que sin duda nos han considerado como un grupo de hombres sin derecho, indignos de ser oídos y despojados de todas las prerrogativas de su pueblo.

Cuando V. trata nuestro sistema de erróneo y absurdo, desearíamos saber cuál es el que V. sigue. No puede ser el de la obediencia a Fernando VII, a la Regencia ni a la Constitución española, supuesto que se anulan los pactos comprensivos de este Reconocimiento. Tampoco se presta al de los Gobiernos populares que durante la cautividad del Rey (que rompió el

vínculo que recíprocamente unía a los vasallos a un centro común) era el único adoptable a las circunstancias y se aceptó en España con la instalación de las Juntas Provinciales. Así, es necesario confesar que el solo sistema de V. es el de la desolación y la muerte con que nos amarga (¿amenaza?), negando hasta el tratamiento que inspira la cortesía y enviando un conductor tan insultante que el Gobierno ha empeñado toda su moderación para no escarmentar su insolencia, como la del Coronel Hurtado, que ha fugado, quebrantando las obligaciones que le imponía su condición de rehenes. En lugar de aquél hemos dejado a éste y el conductor es el trompeta.

Por otra parte, la comunicación de V. no está acompañada de más credencial que su palabra, desacreditada otra vez con la falsa intimación al Huasco. (Alusión a la que hizo con los derrotados en Talcahuano en junio de 1813 cuando se dirigían al Perú en la "Bretaña").

La Gaceta original del Janeiro, que le adjuntamos, le avergonzará en la complicada conducta que preside las operaciones de los antiguos mandatarios de América. Fernando VII anula la Constitución de las Cortes y decretos de la Regencia; deja constituidas las autoridades hasta la resolución de un nuevo Congreso, y declara reos

de lesa majestad a los que defrauden los efectos de esta resolución. Tales son nuestros invasores; y la nueva agresión de V. le haría criminal de Dios, del Rey y del mundo entero; si en el momento no desiste (desamparando nuestro territorio), de un proyecto vano y que sería confundido a impulsos del gran poder a que se ha llevado la fuerza de Chile, puestos en movimiento los copiosos recursos de que un Gobierno débil no supo provechase oportunamente. Su oficio de V. ha sido una proclama excitadora del valor y la energía de nuestras tropas y de los dignos pueblos que están resueltos a repulsar la invasión. Haga V. el honor que es debido a la religión, a la justicia y a la humanidad, evitando la efusión de sangre y las ¡desgracias consiguientes a su escandalosa e injusta provocación, de que le hacemos responsable; y tenga V. por un efecto de nuestra generosidad esta contestación, cuando no siendo V. de mejor condición que el General Gaínza, se atreve sin credenciales a dirigirnos otras proposiciones, al paso que aquél no se ha creído

facultado para lo que celebró bajo la garantía del Comodoro Hillyar, que documentalmente acreditó la autoridad para mediar y la que había conferido al General Gaínza ese mismo Virrey que anula hoy sus tratados. Esto más parece una farsa que una relación entre hombres de bien y de honor.

Dios guarde a V. muchos años.
Santiago y Agosto 29 de 1814.
A don Mariano Ossorio".

Este importante documento lo hemos encontrado en la pág. 162 del primer Apéndice del Archivo O'Higgins, publicado en forma anónima, es decir, sin indicación de que fue firmado por el General Carrera y sólo con la anotación: "Archivo Nacional-Archivo Eyzaguirre. Vol. 28".

Es lamentable que el Comité Director de esa publicación oficial, haya omitido al publicarlo, alguna anotación encaminada a que los lectores de dicha publicación, no la confunda con el sinnúmero de documentos sin ninguna importancia histórica con que se llenan sus voluminosos tomos publicados hasta la fecha.

E. Rojas Mery

El Tratado del Pilar, según el general argentino Tomas de Iriarte

Manuel G, Balbontín M.

Después de recibir la trágica noticia del fusilamiento de sus hermanos Juan José y Luis, en Mendoza, y de la persecución que se hacía a su familia, José Miguel Carrera inició una demoledora campaña de prensa contra los gobiernos dictatoriales y monárquicos de Chile y Argentina, por lo que éste último logró la expulsión del prócer chileno de Montevideo.

Carrera, cuyo ánimo se sobrepuso siempre a los grandes infortunios, no encontrando otro, salvación, se internó en las Provincias de Entre Ríos, que en aquella época eran gobernadas por Francisco Ramírez.

Convencido Ramírez por Carrera de que atacara Buenos Aires, nuestro prócer obtuvo el apoyo de Estanislao López, y unidos los ejércitos de los caudillos argentinos, y con la asesoría política militar de Carrera, avanzaron contra la capital del Plata, derrotando en la Cañada de Cepeda, el día 19 de Febrero de 1820 a las fuerza bonaerenses, comandadas por el Director Supremo general Rondeau.

La actuación de Carrera en aquella importante jornada en que nació la organización política actual del país trasandino fue decisiva, como se puede ver a través de las memorias del general argentino Tomás de Iriarte, actor en aquellos gloriosos días, quien relata:

"Me embarqué para Buenos Aires el veintiuno de febrero y fui el

primero de los emigrados que rompió la marcha, los demás, fueron sucesivamente restituyéndose al país natal: llegué el día veintitrés y me encontré con la novedad de que los montoneros no habían admitido el entrar en tratado, hasta que se nombró gobernador a don Manuel Sarratea: ésta fue sugestión de Carrera, Sarratea era nuestro candidato. Las tropas vencedoras ocupaban las inmediaciones de la Capital; el gobernador Sarratea y Carrera estaban en San José de Flores: yo tomé un carruaje al instante que desembarqué y fui a cumplimentar al nuevo gobernador y a mi amigo Carrera. Ambos me recibieron cordialmente: él gobernador Sarratea hizo concurrir a su presencia al comandante y oficialidad del batallón de artillería y les anunció que yo iba a ser nombrado jefe del cuerpo. Al día siguiente, el veinticuatro de Febrero, se firmaron los célebres tratados del Pilar. La República Argentina quedó subdividida en otras tantas porciones independientes, cuantas eran sus provincias, y el gobierno central desapareció: las provincias, pues, habían llenado, su objeto, el de hacer desaparecer la supremacía de Buenos Aires. Sarratea me preguntó por Alvear, extrañado que no hubiese regresado al país después de la caída del directo río y me previno le escribiese para que lo verificase cuanto antes, porque el gobierno necesitaba de sus

servicios. Esta disposición hacia Alvear que Sarratea no ocultaba, pues había muchos indios presentes cuando él se dirigió a mí en los términos que he expresado, me hizo entender que abrigaba los sentimientos más sinceros, pero no tardé en desengañarme. Todos los enemigos, de la caída administración esperábamos que las primeras medidas del gobierno para afianzar su poder, fuesen la separación de los cargos públicos de los amigos de la pasada administración y ésta era urgente con respecto al ramo militar: los jefes de los cuerpos pertenecían todos con muy pocas excepciones al directorio y no separándolos era claro que el nuevo gobierno estaba a la disposición de la fuerza armada: el ejército al mando de Balcarce, que había sido batido por los montoneros en la cañada de Cepeda, constaba de mil plazas y se esperaba de un momento a otro en la capital: el general, los jefes y oficiales eran opuestos al nuevo orden de cosas y éste era un peligro más para Sarratea: yo se los indiqué con bastante franqueza- recibió mal mi advertencia y me contestó que él se consideraba seguro, que los que temiesen podían regresar a, Montevideo: semejante salida tan inesperada de parte de un hombre que me favorecía con toda su confianza y cuyas ideas hasta entonces estaban de acuerdo con las mías, no sólo me sorprendió, sino que me llenó de la más amarga exasperación y el tono y expresiones con que me produje debió dárselo a conocer: le dije que su elevación al mando lo había deslumbrado haciéndole olvidar

muy pronto que, más que al sufragio público era debida al partido de Alvear con el que Carrera, árbitro de su elección, se había de antemano puesto de acuerdo; que él, Sarratea, estaba sobre un volcán, rodeado de enemigos armados y que todas las noticias que se tenían del ejército del general Balcarce (don Ramón) próximo a llegar, inducían a creer que intentaban hacer una revolución para derribar al gobierno; que yo temía los peligros y por los mucho que había sabido afrontar, me consideraba exento de la sospecha de temor, pero que viendo que el gobierno se desviaba de la verdadera senda y que su ruina era por lo tanto inevitable, yo no quería ser espectador pasivo y sin poder contribuir a conjurar la tempestad, ser envuelto en ella como amigo del gobierno y que por lo tanto, le pedía mi pasaporte para regresar a Montevideo. Sarratea se alarmó y trató de calmarme, asegurándome que él lo tenía todo en vista, pero que no era capaz de faltar a sus compromisos, pero que era preciso contemporizar algún tanto y que todo sería obra del tiempo: en una palabra, el temía tomar medidas violentas y entre tanto en la crisis en que se encontraba eran las únicas que podían salvarlo evitando una reacción".

"El gobernador López de Santa Fe se hospedó en mi casa: tenía amistad con mi pariente Castellanos, con quien yo vivía, y ambos nos esmeramos en obsequiarlo: se presentó en su traje de gaucho con chiripá, sólo la revolución había podido elevar a tanta altura a un hombre sin

principios, salido de la plebe, pero él montaba bien a caballo y sabía domar un potro, y éstos eran sus títulos. En la época de que hablo ya empezaba a germinar el odio que después hizo su explosión entre este caudillo y Ramírez el del Entre Ríos, otro que tal. La crisis más peligrosa para todo el país que entra en la carrera de la revolución, es aquella en que las clases inferiores del pueblo desbordadas y sin freno por haber perdido las leyes su prestigio, se sobreponen a las altas clases convirtiéndose la sociedad en un caos de anarquía y desorden: el pueblo de Buenos Aires estuvo entonces amenazado de disolución y el triunfo de los montoneros fue una consecuencia precisa de la tiranía del directorio y por lo tanto éste el autor de los males que más tarde sufrió el país".

"Los enemigos que Alvear se había concitado durante la época de su mando, se oponían a la presencia de éste en Buenos Aires porque lo habían ofendido y temían su resentimiento si volvía a elevarse. Alvear por su parte, temía también presentarse en un pueblo que pocos años antes lo había execrado; así, resolvió desembarcar ocultamente y dar aviso tan sólo a sus amigos de su llega; luego que tuve conocimiento de ella volé a la quinta de Pirán, situada en la Recoleta, donde se hallaba oculto y allí concertamos proporcionarle una entrevista con Carrera y Sarratea, aquél estaba alojado en casa de éste: lo introduje disfrazado luego que anocheció, Sarratea lo recibió bien, pero le hizo entender que temía por su seguridad y que toda su

autoridad no bastaría a librarlo de sus enemigos: algo había de cierto en esto, pero Sarratea abultaba el peligro porque conociendo el carácter turbulento y aspirante de Alvear, recelaba en él un competidor de prestigio. Carrera no podía hacer gran fuerza en favor de su amigo, porque aunque su posición era ventajosa y gozaba de todo el influjo que proporciona a la victoria, necesitaba de Sarratea para sacar de Buenos Aires todos los recursos que necesitaba para su empresa sobre Chile, que era el objeto principal de sus trabajos. Alvear, sin embargo, se dio al público, pero a los primeros pasos encontró gran resistencia y ésta lo amagaba con el puñal de sus contrarios. Ramírez mandaba de hecho en la ciudad, pero su poder era moral, su fuerza física no pasaba de cuatrocientos hombres. Balcarce debía llegar muy pronto con sus mil hombres y se esperaban nuevas revueltas. El general Soler había sido nombrado general en jefe del Ejército de la Capital: este jefe era popular entre la plebe, pero carecía de prestigio en el Ejército. Balcarce llegó y su llegada fue la señal de una revolución: contaba para ello con todos los militares; era el partido del directorio que quería reocupar el puesto de que acaba de ser arrojado. Carrera no podía conjurar esta tormenta, no tenía fuerzas para ello, él había sacado de todos los cuerpos de la guarnición a los chilenos que forzados habían sido conducidos de su país; acopiaba vestuarios, armamento, municiones para el equipo de esta fuerza, pero aún no estaba organizada y así no se pensó en repeler la agresión de

Balcarce porque no se podía y no tuvo más recurso que ocurrir al arbitrio de retirarse a la campaña, avisando a Ramírez del estado de la capital para que retrocediese con su fuerza, que marchaba ya retirándose de la provincia. Carrera, Alvear y yo contemporizamos con Balcarce durante el movimiento, no había otro remedio. Alvear se quedó en la ciudad, lisonjeándose que haría valer su ascendiente sobre la tropa para derribar a Balcarce; Carrera y yo a las dos de la mañana nos dirigimos a casa del gobernador Sarratea para anunciarle que al día siguiente dejaría de ser gobernador y para que se pusiese en salvo. Cuando nos vimos solos en las calles de Buenos Aires, tan a deshora y desarmados, le dije a Carrera que iba a buscar mi espada -y me esperase, él me contestó con calma: "amigo mío, usted no conoce este pueblo, deje usted su espada, estamos seguros", él tenía razón. Llegamos sin tropiezos a casa del gobernador Sarratea: el susto lo había enfermado: cuando le anunciamos su próximo descenso se vistió lleno de agitación, convinimos en salir a la campaña, cada uno del modo que Pudiese: el punto de reunión era el pueblecito del Pilar, para donde se habían emplazado a todos los amigos. Sarratea salió la misma noche, así como Carrera. Yo me quedé para ver la farsa del día siguiente y estar a la mira de los sucesos, a fin de ayudar a Alvear en su empresa. Por la mañana me presenté en el cuartel donde se hallaba situado Balcarce: había éste triunfado y las cosas estaban en mal estado:

Alvear me aconsejó que me fuese al Pilar, y me dijo que pensaba refugiarse en un buque del puerto. Balcarce se hizo proclamar gobernador y capitán general de la provincia y desde el momento en que se investió del poder, empezó a manifestarse hostil contra Alvear y sus amigos, a los que había hasta entonces halagado con la mira de que contribuyese a su elevación". "Resuelto a abandonar la capital e ir a la campaña a incorporarme a los enemigos del partido directorial que acababa de obrar una reacción, me dirigí antes de emprender mi fuga a casa de Sarratea: allí me recibió su hermana doña Melchora, le participé mi determinación y ella me instó a que no volviese a salir a la calle hasta la noche, había peligro: avisó al coronel don José María Benavente y a un sobrino de Carrera llamado Jordán, que debían también evadirse con el mismo objeto que yo y concertamos nuestra salida, la hora y el punto de reunión: doña Melchora me dio un par de pistolas para que se las entregase a su hermano y me dijo que estaban descargadas: la acompañé a comer y en seguida salí a esperar la noche en caza de su hermana doña Francisca; me destinaron una habitación que daba a la calle: cuando pasaba el bando, acompañado de un inmenso pueblo, para anunciar la instalación del general Balcarce, yo me ocupaba de arreglar las pistolas para cargarlas, pero ellas lo estaban y una se disparó pasando la bala por sobre las cabezas de los que componían el bando: todos se fijaron del lado donde había

salido el tiro y yo me creí perdido, porque podían haber sospechado que el disparo no era un accidente inesperado, sino que había sido dirigido a la multitud; felizmente continuaron su marcha sin hacer la más leve inquisición: si me encuentran y saben que yo había sido el autor del disparo, las apariencias me condenaban y esto unido a la prevención que contra mí tenían podía haberme puesto en un gran conflicto".

"Cuando llegó la hora me incorporé a Benavente, Jordán, dos oficiales ingleses aventureros que se habían accedido, a servir, con Carrera y dos o tres oficiales chilenos: todos íbamos bien armados y montados en buenos caballos: las patrullas se cruzaban para impedir la emigración de la Capital, nos encontramos con una que nos respetó, marchamos toda la noche y al amanecer llegamos al pilar, allí estaban el gobernador Sarratea, Soler, Carrera, Ramírez, que había regresado con su escolta; la afluencia de los ciudadanos de todas clases que se presentaba procedente de la ciudad era considerable, estaban la mayor parte armados y unidos a algunos cuerpos de milicias del gobierno intruso. Carrera además había formado un cuerpo de trescientos chilenos de los que encontró sirviendo en los cuerpos de la guarnición de Buenos Aires. Dos días se emplearon en organizar esta fuerza lo mejor posible y al tercero marchamos hasta distancia de media legua de la capital. Entre tanto la posición de Balcarce se hacía más crítica cada día: Alvear había desembarcado y valiéndose de su ascendiente

había ganado algunos cuerpos de la guarnición para que abandonasen a Balcarce y saliesen a la campaña a unirse a los federales; Sarratea y Carrera no perdían el tiempo y por medio de agentes secretos fomentaban la emigración: por último, los dos batallones de cívicos se nos incorporaron en los corrales de Miserere. Balcarce viendo que todos los ciudadanos y soldados, excepto dos batallones, se desertaban a nuestras filas,, se encerró en la fortaleza con la poca fuerza que le había quedado; pero esta fuerza estaba minada, un batallón se sublevó durante la noche, hizo una descarga, bajó el puente levadizo y salió de la fortaleza; la misma noche ya, estaba incorporado a nuestras filas. Entonces Balcarce, Rolón, Vidal y otros jefes abandonaron la fortaleza y escaparon por la puerta de socorro y se embarcaron en un bote que tenían preparado de antemano, llevándose consigo el tesoro público que ascendería a catorce mil pesos fuertes. Por la mañana hicimos nuestra entrada a la capital; el gobernador Sarratea fue reinstalado y todo volvió al orden y plan establecido según los (tratados del Pilar: Soler continuó en su cargo de general en jefe".

Al leer estas líneas, que relatan tan objetivamente la obra de José Miguel Carrera de darle a Argentina un gobierno federal y republicano, me formulo estas preguntas:

.¿Por qué esa ingratitud del país vecino hacia nuestro prócer?

¿No cooperó, acaso, en su engrandecimiento?

En Santiago de Chile, próxima a la Casa de los Presidentes y en el centro de la Alameda, se alzó antes que en ningún otro país de América, la estatua ecuestre del General San Martín, que luchó con tanta decisión por nuestra independencia, que fuere consolidada posteriormente por el

General Freire en 1826 con la toma de la isla de Chiloé.

¿No merece el General Carrera, acaso, que se le recuerde allí como el iniciador por excelencia del federalismo argentino, ya que el Tratado del Pilar, a juicio de historiadores prestigiosos, es considerado como la piedra angular de su Constitución?

Manuel G. Balbontín M.

Carrera y el Instituto Nacional

(Discurso pronunciado por don Julio Alemarte R., en la Universidad de Chile, el 10VIII-1962)

Al celebrarse el sesquicentenario del glorioso Colegio, de los tiempos de la Patria Vieja, la justicia histórica exige rendir tributo a un ilustre prócer, que, aunque oficialmente olvidado desde hace algún tiempo, por obra de, una extraña y desconcertante consigna, es el genio de nuestra Independencia y el auténtico creador de casi todas las instituciones, surgidas al conjuro de aquella revolución política.

Exceptuando la primera Junta de Gobierno, el primer Congreso y la libertad de comercio, que los patriotas implantaran en los años 1810 y parte del 11, las demás instituciones y reformas fundamentales, que significaron, verdaderamente, el advenimiento de un nuevo Estado, sólo empezaron a florecer cuando José Miguel Carrera, después de combatir valerosamente en España contra la tiranía napoleónica, regresó a Chile, y poco después de

un golpe militar, dado a favor de otros para promover el avance revolucionario, se hizo dueño del Gobierno, en 16 de noviembre de 1811.

Y fue a partir de esta fecha inolvidable cuando empezaron a brotar, junto a la primera Constitución, y a los nuevos símbolos de la Patria, y a la Aurora de Chile, y a otros clarísimos testimonios de un Estado naciente, algunas valiosas instituciones, entre las cuales figura el benemérito Colegio, que ahora celebramos.

Es verdad que, desde abril de 1813, empeñado barrera en las operaciones contra las tuerzas del rey, como general en jefe del Ejército Restaurador, no concurrió en persona a la apertura del Instituto, y de aquí que esta fundación sea atribuida por algunos a la Junta de Gobierno que, por aquella causa, lo reemplazara en el mando político.

Pero semejante criterio, no sólo se aparta de la verdad histórica, sino que tiene el inconveniente de asemejarse demasiado al procedimiento de aquellos gobernantes, ya en uso en los remotos tiempos del Egipto, de grabar sus insignias y sus nombres en obras ejecutadas por sus predecesores, y a las cuales ellos dieran sólo el último toque.

No intentamos, por cierto, negar la colaboración de los señores Infante, Juan Egaña, Eyzaguirre y Pérez -miembros de la Junta Gubernativa por entonces- en los últimos trámites de la organización del Instituto y en su apertura, realizada por medio de una digna ceremonia, que, sin duda, es ejemplar, porque estábamos en plena guerra.

Mas, si los nombres de esos gobernantes, y los de Camilo Henríquez, Manuel de Salas, etc., que se distinguieron en esa creación, deben ser siempre recordados con gratitud, el poderoso y decisivo aporte de Carrera merece figurar en primera línea, y es injusto escamotearlo al justiciero recuerdo de las generaciones.

Porque, sin Carrera, sin su genio impetuoso y revolucionario, sin su audacia creadora e incomparablemente abierta a todo lo nuevo, el Instituto, quizá, no hubiera visto la luz por esos días. Mucho de esto fue expresado por un contemporáneo, cuyo testimonio es insospechable, por ser el de un enemigo realista fray Melchor Martínez. El cual, en su Memoria histórica sobre la revolución de Chile..., dejó escrito:, "Asimismo, se empezaron a obrar

las primeras líneas para formar en ésta un Instituto Nacional de todas ciencias y artes... y aunque no había ni IGS elementos más remotos para tal empresa, nada acobardaba al emprendedor Carrera. . . "

Sabido es que el proceso de creación del instituto fue largo y difícil. Era indispensable, pues, un temple como el de Carrera para vencer los obstáculos económicos, religiosos, rutinarios, etc. que se oponían al buen éxito de la obra.

Y ese fue su papel decisivo. Apoyar con todo el peso de su Gobierno a los pocos hombres, como él progresistas, que deseaban reformas profundas, para bien de Chile.

Entre esas reformas, la educacional era una de las fundamentales, y el gran visionario y realizador contribuyó de tal manera 3 con tan avanzado criterio a impulsarlas, que algunas de sus resoluciones parecen cosa de nuestros días.

Tal es el caso de un oficio de la Junta de Gobierno, de 30 de diciembre de 1812, que por referirse al mejoramiento de la condición económica y social del magisterio, vamos a transcribir, siquiera en parte. Dice: "No es menos extraño que, conocido el mérito de esta penosa ocupación, no se le de todo el aprecio que merece", o "más honor y utilidad". "Esta chocante contradicción ha inutilizado infinitos genios, que habrían honrado a la patria y sido proficuos a la humanidad, si el empleo del tiempo en educar niños y prepararlos para las ciencias y profesiones útiles tuviese en el concepto de las gentes la misma

estimación que otras carreras, acaso menos laboriosas y benéficas. ..." (1).

Tanto, o más, avanzado para su tiempo fue su decreto sobre la educación de la mujer, primero que se dictara en nuestro país sobre esta materia -en agosto del mismo año 12-. en el cual se decía, entre otras cosas, "... parecerá una paradoja en el mundo culto que la capital de Chile, poblada de más de cincuenta mil habitantes no haya aún conocido una escuela de mujeres", que diera ejercicio "a los claros talentos del sexo amable"; por lo cual la Junta Gubernativa de Carrera ordenaba "que a ejemplo de lo que se ha hecho en los Conventos de Regulares, destine cada Monasterio en su patio o

Y ese criterio negativo es tanto más curioso, cuanto que el conocimiento, aún sumario, de la Patria Vieja prueba que todo lo realizado por entonces, a favor del progreso público de Chile, encontró en Carrera al más ardiente y eficaz animador y al verdadero revolucionario, que, junto con establecer la independencia y luchar por ella en la terrible arena política y en los campos de batalla, quiso que el nuevo Estado adoptara las más progresistas instituciones, conforme al ideal republicano, que, muertos los Carrera y Manuel Rodríguez, logró más tarde imponer el glorioso general Freire.

Además, al pretender discutirse a Carrera su legítima gloria de principal fundador del Instituto, se choca abiertamente con documentos de la época, que prueban la realidad de ese hecho.

compases una sala capaz para situar la enseñanza de niñas. . . " (2).

El mismo generoso y adelantado espíritu anima la recomendación de Carrera al Cabildo de Santiago, en noviembre de 1812, para que repartiese, gratuitamente, textos de enseñanza entre los escolares pobres (3).

Sorprende, pues, a la vista de éstas y otras medidas de orden educacional, y cuando el propio Carrera tradujo del inglés un tratado de, enseñanza infantil, enviado por él a sus pequeñas hijas desde Montevideo, que se intente poner en tela de juicio la cardinal influencia del prócer en la, fundación del Instituto.

Ya hemos citado el importante testimonio de fray Melchor Martínez.

Veamos ahora otras pruebas.

Y, en primer lugar, las que emanan del propio Carrera. Por lo menos, en dos de sus escritos -el **Diario Militar**, pág. 201, y el Manifiesto- a **los pueblos de Chile**- el prócer declaró, expresamente, que el Instituto Nacional era obra de su Gobierno. Y sus afirmaciones no pueden mirarse con sospecha, porque el carácter franco o íntegro de Carrera es uno de sus rasgos más acusados y reconocidos. Ni aún la pasión, como lo reconoce el propio Barros Arana, al emitir su juicio sobre el Diario Militar, movía a Carrera a adulterar los hechos; sólo se manifestaba -dice- "por la exageración del colorido, o por los móviles honrosos o no", que atribula a muchas personas. De aquí que ese Diario -añade- sea "un documento de valor

inapreciable como fuente de información" (4).

Agreguemos que, muy lejos de ser Carrera un vanidoso, se complacía siempre en señalar y agradecer la colaboración de los demás, el aporte de "los hombres beneméritos", como dice en su Manifiesto, que lo "auxiliaron con sus luces en los afanes del gobierno, con su actividad y servicios en las fatigas de la guerra". Y, reiterando su gratitud, en relación con su obra gubernativa, agregaba: "El Instituto Nacional, el establecimiento de la primera imprenta, la fundación de escuelas públicas... (siguen otros adelantos) ¿no fueron

(1).-Aurora de Chile, de 7 de enero de 1813.

(2).-Id., de 27 de agosto de 1812.

(3).-Id., de 24 de diciembre de 1812.

(4).-Historia General de Chile, segunda edición, tomo X, Págs. 448 y 450.

obras que emprendió mi celo con vuestros auxilios para levantar a Chile de su degradación. social?"

Más, no sólo en esos textos aludió Carrera a su acción institutana. Existe, por lo menos, un decreto, firmado por él y otro vocal de la Junta, que establece el Instituto y señala su próxima apertura. Ese decreto, varias veces publicado, es del 12 de enero de 1813 y apareció en la Aurora de Chile, dos días después.

En él se expresaba que, convencido el Gobierno de que la prosperidad y el bien público dependen de "la formación de ciudadanos ilustrados", ha "reeditado el antiguo Colegio de San Carlos y unido a él la Academia de Matemáticas, el Seminario de Indios y la3 aulas de primeras letras y latinidad, para que todos los jóvenes de la capital y de las provincias, que quieran recibir enseñanza... oigan lecciones, desde los rudimentos de la religión y el alfabeto hasta la conclusión de las ciencias abstractas y las de demostración. El día 3 de marzo próximo se abrirá... ". Se instaba en seguida a las autoridades, civiles y eclesiásticas, a que dieran a los futuros alumnos, incluso los indios, las mayores facilidades para su concurrencia al nuevo Colegio. Ese decreto, verdadera acta de nacimiento del Instituto aunque no se le nombre pues nadie ignora que el citado plantel resultó, precisamente, de la fusión de aquellos establecimientos- no pudo abrir sus puertas en la fecha fijada. Y el desafío militar de los absolutistas, que muy pronto lanzara el guante al Gobierno

revolucionario, movió a Carrera, el 30 de marzo de 1813, a dejar el poder, para salir al encuentro de la contrarrevolución, en el Sur. Y a esta circunstancia, como ya se ha dicho, débese que el héroe no coronara, personalmente, su obra de primer fundador, en la apertura del Instituto, realizada en agosto.

Existen, además, antecedentes de los cuales se deduce que el decreto de Carrera, de 1813, no fue el único por él dictado sobre esta materia.

Don Augusto Orrego Luco, escritor nada favorable al prócer, en su minuciosa historia de La Patria vieja, escribe que el 1º de junio de 1812 "se decreto la fundación del Instituto Nacional" y el 3 de agosto del mismo año, la de la Biblioteca Nacional (5).

No conocemos los decretos a que alude el señor Orrego; mas, la mención expresa que de ellos hace este autor, y otros datos fidedignos, permiten otorgarles suficiente validez histórica.

Sabido es que Carrera, después del desastre de Rancagua, hizo quemar una gran masa de documentos oficiales, para impedir que éstos cayeran en manos de Osorio y perjudicaran a los patriotas que más se habían distinguido en la revolución. Perdiéronse, así, muchísimas piezas históricas y, entre ellas, probablemente, algunas relacionadas con el instituto y la Biblioteca, que hubieran servido para conocer mejor la participación de Carrera en sus orígenes. ¿Cuántos documentos, además, no habrán sido destruidos por sus adversarios?

Por fortuna, en lo referente al Instituto, la afirmación del autor de La Patria Vieja concuerda con el testimonio indiscutible de la Aurora de Chile. Ya en su prospecto, del 12 de febrero de 1812, anunciaba el famoso periódico: "El plan de organización del Instituto Nacional está aprobado, y su ejecución se confía a la Municipalidad". Y, meses después, el 9 de noviembre, confirmando lo anterior y la indudable existencia de resoluciones gubernativas sobre la fundación del Colegio, agregaba: "Aún está sin establecerse el Instituto Nacional, aprobado por las autoridades constituidas..."

Y, como Carrera, con una breve y relativa interrupción, gobernó por primera vez desde mediados de noviembre de 1811 hasta fines de marzo del 13, ¿cómo discutir su decisivo papel en el nacimiento del Colegio?

Barros Arana, por su parte, ha escrito: "Después de haberse anunciado repetidas veces en el curso del año de 1812 la próxima apertura del Instituto Nacional, se avisó por decreto del 12 de enero del año siguiente que se abriría el 3 de marzo próximo". (6).

Aunque los citados testimonios, y los de otros historiadores, como don Domingo Amunátegui, bastan para probar lo sostenido en estas páginas, conviene todavía añadir que, cuando Carrera dejó su cargo en el Gobierno, para luchar contra las tropas de Pareja, no hizo una renuncia, sino que fue, simplemente, reemplazado, sin mayores formalidades, atendidas las críticas circunstancias. De

(5).-La Patria Vieja, tomo II, pág. 175.

(6).-Historia General de Chile, segunda edición, tomo IX, pág. 151.

acuerdo con la Constitución, de 1811, él y 193 otros dos vocales de la Junta fueron nombrados por tres años, que expiraban en octubre de 1815. Y el mismo Reglamento Constitucional disponía que, en caso de renuncia de algún miembro del Gobierno, era preciso realizar otra elección, la cual debía ser sancionada por una especie de plebiscito en todo el país, tal como se efectuó en Octubre y Noviembre de 1812, cuando fueron elegidos Carrera y sus colegas de la Junta, y los miembros del Senado y del Cabildo de Santiago.

En consecuencia, al marchar al Sur, como general en jefe, el prócer no podía considerarse como extraño al Gobierno, del cual, constitucionalmente, seguía formando parte; y tanto es así, que, a pesar de los difíciles problemas y actividades que le imponía la campaña militar, él continuó tratando de asuntos gubernativos, y hay testimonio documentado de que muchas medidas importantes fueron resueltas, ya por el mismo prócer, ya por los nuevos vocales de la Junta, en conformidad a las instrucciones que él impartiera desde el sur, mientras reinó la armonía entre el general en jefe y el nuevo Gobierno, puede afirmarse, por lo tanto, que en lo relativo a los asuntos iniciados o resueltos con anterioridad, como en el caso del Instituto y otros, los vocales de la Junta no hicieron

sino llevar a término los propósitos de Carrera.

Y adviértase todavía que el Senado, cuyo concurso hubo de recabarse en la tramitación del proyecto sobre el instituto, continuó siendo el mismo que fuera elegido, junto con el prócer. Lo cual prueba que el Colegio vino a tener vida dentro de unas instituciones y de un mecanismo político, indisolublemente ligados a Carrera, su promotor máximo.

Las nuevas generaciones de escolares, influidas por una propaganda que quisiera borrar de la memoria el nombre de los Carrera, no deben, pues, ignorar que a esos próceres y, sobre todo, a José Miguel, debióse, en gran medida, no sólo el hermoso conjunto de resoluciones y decretos concernientes a la educación, de que hemos dado rápida cuenta, sino también ese otro fundamental instrumento de cultura, que fue la Aurora de Chile, primer periódico aparecido en el país, para divulgar en el público las noticias nuestras y del exterior y los principios revolucionarios y republicanos, que servirían de base al naciente Estado.

Y, aunque ya es costumbre establecida, tratándose de la Aurora de Chile, nombrar sólo a su director, Camilo Henríquez, permítasenos recordar que fue el Gobierno de Carrera el que adquirió la imprenta para dar a luz esa publicación, y nombró a fray Camilo y a los tipógrafos, con muy buenos sueldos, e hizo posible la prédica revolucionaria, y la sostuvo hasta su último número.

Es cierto que el prócer dictó un decreto, muy esgrimido por

algunos, para limitar la libertad de imprenta; pero, basta leer los artículos, que siguieron publicándose hasta el fin en la Aurora, para constatar que no hubo en ellos cambio alguno, ni en la forma ni en el fondo; lo cual prueba que, al dictar esa resolución, Carrera no hizo sino cubrirse de los ataques de realistas y patriotas tibios, que clamaban contra el Gobierno y el periódico, por su exaltada prédica revolucionaria.

Pero, nunca faltan, ni faltarán, los ataques a Carrera, ni la negación de sus grandes, de sus titánicas obras.

¿Por qué?

Por lo mismo que lo persiguieron y lo ejecutaron.

Porque, como nuestro señor don Quijote, de alta y tristísima historia, él estuvo siempre al lado de la justicia y de los débiles, y de la superior caballería.

Otros lo niegan, porque no lo conocen. Ramón de la Serna, en el bellissimo final de su obra dramática sobre Carrera, cuando los espectros de la Noche, de la Envidia y de la Muerte disputan la posesión del fusilado prócer, hace exclamar a la Noche: "¿Cómo podían verte a ti en todo lo que tú eres? Te han barruntado apenas; no te han visto, José Miguel Carrera, no te han visto".

Sin embargo, lo poco que acabamos de exponer, limitado sólo a un asunto, muestra cuán generoso y útil fue el aporte de Carrera al progreso cultural de Chile simbolizados en el Instituto y en la Aurora -y cuánto debieran honrarlo los escritores, los maestros, los periodistas, los estudiantes.

Y todos los chilenos.

Y los hispanoamericanos.

Y también la raza del Cid.

Porque, si Carrera, en sus lides militares, fue un noble guerrero de justas causas, como combatiente por la libertad de España, como formador de nuestro primer Ejército y su general en jefe en las primeras luchas de la independencia, y como uno de los más grandes caudillos del Ideal republicano en las contiendas argentinas, tan falsificadas por algunos historiadores, en el terreno político también su acción fue inmensa y clarividente, pues él, antes que otro alguno, con mirada de águila e incomparable esfuerzo, echó las bases de nuestra independencia y de nuestra República, tan temidas por muchos al principio; y, con Bolívar, Sucre, Artigas, y los pueblos que seguían los estandartes republicanos, contra la poderosa facción patriota, que deseaba nuevos tronos en la América hispana, Carrera, aunque el cadalso no le permitió ver el triunfo, fue el triunfador definitivo.

Y no olvidemos que, en su múltiple y asombrosa personalidad, más admirable mientras más se la estudia, floreció también el gallardo periodista y escritor, que hizo temblar a los dictadores promonárquicos con sus exactas denuncias, y legó a la posteridad centenares de encendidas hojas, que alumbran la verdad oculta de esos años de sangre y esperanza.

Julio Alemparte R.
16-VIII-1962

KENNEDY, EL LEAL AYUDANTE DEL GENERAL CARRERA

E. Rojas Mery

En 1915, durante la primera guerra mundial, fui nombrado Cónsul de Chile en Boston, y cuando instalé allí mi oficina, tuve el agrado de recibir la visita de una distinguida escritora y filántropa, de apellido Kennedy que manifestó gran cariño por nuestra patria, debido a que un miembro de su familia, se había incorporado a nuestro Ejército, como ayudante del General Carrera.

Me contó que, en su familia se conservaban varias cartas de ese pariente, en que relataba su actuación en las campañas de Argentina, sus gloriosas entradas a Buenos Aires, etc.

Como yo, por aquella época, nada sabía de tales campañas, y, por el contrario, de mis estudios humanísticos y militares en la Escuela Militar y Academia, de Guerra, sólo recordaba que Carrera, en Argentina, no habla pasado de ser un montonero enemigo de San Martín y O'Higgins, por lo que se le había fusilado en Mendoza, no compartía el entusiasmo de la Sra. Kennedy; pero, por lo menos, tuve el tino de no revelarle aquella mala impresión que yo tenía de Carrera.

Años más tarde cuando, encontrándome exilado en Argentina, para disipar el tedio, me dediqué a estudiar los pormenores de la acción de nuestro Prócer en ese país, y, por consiguiente, conocí el esfuerzo y patriotismo de

Carrera y la lealtad de su ayudante el Capitán Guillermo Kennedy, que fue el que comunicó a don José Miguel el asesinato de sus hermanos Juan José y Luis, en Mendoza; que posteriormente en las campañas de Carrera, contra los ejércitos nacionales y provinciales de Argentina, que se obstinaban en cerrarle su regreso a Chile, perdió la vista en un combate y, habiendo caído prisionero en la acción de San Bernardo, fue salvado de ser fusilado por la gentileza del Capitán Manuel Pueyrredón, recordé entonces las visitas de la Sra. Kennedy en Boston, y arrepentido, le escribí solicitándole que me enviara copia de algunas de las cartas de que me había hablado anteriormente. Desgraciadamente, no recibí contestación.

Si, en aquella época, hubiera yo conocido la verdadera personalidad del General Carrera, me habría interesado en obtener mayores datos de su actuación en Estados Unidos, y habría obtenido interesantes datos de la correspondencia del Capitán Guillermo Kennedy que se conserva en el seno de la respetable familia del ilustre actual Presidente de ese gran país.

Pueda ser que estos datos sirvan a algún chileno que visite a Boston. Le doy el derrotero.

Doña Javiera Carrera y Verdugo

**Por: Eduardo A. Saavedra Rojas
Gral. de Brigada (R)**

La vida de esta chilena mártir, la solitaria de San Miguel, constituye un bello ejemplo de amor y sacrificio. Su abnegación no tuvo límites cuando se trató de defender la patria y su familia. Como un imperativo del destino, debió enfrentarse, desde joven, a la adversidad actuando siempre con desplante y valentía. Historiadores y escritores de su época y contemporáneos, abundan en términos elocuentes para describirla. La juzgan con respeto y exteriorizan su admiración a tan ilustre patricia.

Los antecedentes genealógicos de Doña Javiera se remontan al primer cuarto del siglo diecisiete. En efecto, el cuatro de abril de mil seiscientos treinta, arribó a Concepción Don Bernardo de Amasa e Iturgoyen, Caballero de la Orden de Santiago, acompañado de su sobrino Don Ignacio de la Carrera e Iturgoyen, joven ingeniero de altiva estampa y Caballero de la Orden de Alcántara y Calatraba. Ambos, tío y sobrino, de noble estirpe, integraban la comitiva oficial de un nuevo Gobernador del Reino de Chile, el licenciado Don Francisco Lazo de la Vega.

En línea ascendente y directa, con Don Ignacio de la Carrera e Iturgoyen comienza en Chile la existencia de esta familia Carrera cuyos nobles abolengos provienen de la Península Ibérica. Don Ignacio era casado con Doña Catalina Ortiz de Elgueta

Cáceres de Osorio, pariente cercana de Doña Catalina Lisperguer de Irarrázabal. Del matrimonio Carrera-Ortiz nacieron tres varones y seis mujeres. Entre los varones corresponde destacar a Don Miguel del cual descienden los próceres de la Independencia, que llevaron su apellido. Al igual que su progenitor, también sirvió en el Ejército Real de la Colonia, en donde alcanzó el grado de Maestre de Campo y Teniente General. Unido en matrimonio, con Doña Josefa Ureta Pastenes y Justiniano Ordóñez, su hogar fue honrado con el nacimiento de un hijo y dos hijas. El varón heredó el nombre de su abuelo y como éste se llamó Ignacio, Casado con Doña Javiera de las Cuevas Pérez de Valenzuela, formó una familia integrada por seis hijos. Corresponde, en este caso, nombrar a Don José Ignacio de la Carrera y Cuevas, padre de Doña Javiera, Don José Miguel, Don Juan José y Don Luis.

Para comprender la influencia que ejerció el ambiente ancestral en la única hija de Don Ignacio y Doña Paula de Verdugo, es preciso dedicar alguna atención a la formación de su hogar y al medio en que se desarrolló. Cuando el siglo dieciocho promediaba, tuvo lugar un romance que culminó con la unión de dos familias destacadas de la Colonia. Eran éstas, Carrera Ureta Cuevas Pérez de Valenzuela por parte del pretendiente y Verdugo del Castillo Velasco Fernández de Valdivieso y Herrera por parte de la novia. La

Hacienda de Naltahua, cuyo propietario era Don Ignacio de la Carrera y Ureta y la de San Miguel de propiedad de Don Juan Verdugo, fueron los escenarios donde se desarrolló este romance, que unió a Don Ignacio hijo, con Doña Paula Verdugo. Las Haciendas colindaban teniendo como único límite en las vecindades de las casas patronales, el río Mapocho. El 7 de febrero de 1781, en Santiago, siendo bautizada en la Parroquia del Sagrario con los nombres de: Francisca, Doña Doña Paula, Eudocia Rudecinda, Carmen de los Dolores. Poco después la familia fue aumentando con la llegada de Don Juan José en 1782, Don José Miguel, prócer máximo de la Independencia Nacional, en 1785 y finalmente Don Luis en 1791. Siendo Doña Doña Paula la primogénita, ejerció desde un comienzo, un extraño dominio sobre sus hermanos, que la adoraban. Su padre, un acaudalado hacendado, figuró en un primer plano como personaje importante de su época. Además de los quehaceres en el campo, era militar de alto rango, Comandante de las Milicias Disciplinadas del Regimiento del Príncipe. A sus numerosos títulos agregó el de Alcalde Ordinario del Cabildo de Santiago, Vocal de la Primera Junta de Gobierno, efectuada en aquel memorable 18 de Septiembre de 1810. Nuevamente Vocal en otras Juntas de Gobierno organizadas para regir la vida pública de la novel República, entre los años 1811 y 1812. Su madre, Doña Paula, hija única del rico hacendado y oidor del Reino de Chile Don Juan Verdugo, fue por muchos conceptos de un temperamento autoritario que más tarde heredaron sus hijos. Unía a

1773 tuvo lugar la boda con gran pompa, y aparato, conforme a los dictados de la época. Ocho años más tarde alegró la señorial mansión un primer vástago; fue una niña cuya influencia decisiva en el destino de su patria y de su familia marcaron huellas indelebles en las páginas de la Historia de Chile. Se trata de Doña Doña Paula Carrera y Verdugo cuyo nacimiento tuvo lugar el 19 de marzo su belleza, una cultura superior a las que poseían otras personas congéneres de su tiempo. En este ambiente familiar se desarrolló la infancia de Doña Doña Paula, que, al igual que su madre, nació para mandar y ser obedecida regaloneada por su abuelo y por su padre, dio siempre curso a sus caprichos inocentes de niña consentida. Pero, más tarde, las cosas cambiaron cuando la suerte le fue adversa. Preparada en su mocedad para asumir responsabilidades de caudilla, no trepidó en incorporarse a la revolución en ciernes en aquel año 1810 cuando su padre participaba en reuniones conciliadoras llamadas Juntas. En su vida, su fama estuvo aureolada por el prestigio romántico de una "caudilla criolla". En más de alguna ocasión debió renegar a su condición de mujer al no poder usar las insignias del mando, usual en los militares, pero que siempre las llevó prendidas en lo más íntimo de su corazón. Acostumbrada en su hogar a alternar con militares, supo apreciarlos y comprender la grandeza de alma de estos hombres que abrazan la carrera de las armas. El honor y el, sentido de la responsabilidad, colocados con prioridad a toda otra cosa, impresionaron siempre a Doña Doña Paula que se identificó con sus hermanos en muchos de los actos de

su vida. Estos, y en especial Don José Miguel, que nunca la apartó de sus pensamientos, tuvieron en su hermana una camarada y una consejera incomparable.

Insignes historiadores la describen como una mujer esbelta y hermosa, lo que unido a sus bellas prendas morales e intelectuales, la hacían destacarse como la primera dama de la aristocracia santiaguina de la época. Por este motivo debió soportar más de una vez, los embates de la envidia y perversidad de una sociedad medio española medio chilena, la que en vano trató de doblegarla.

Muy joven se casó con Don Manuel de la Lastra, hijo de un rico mercader, que ostentaba además, títulos nobiliarios provenientes de España. De este matrimonio tuvo dos hijos: Dolores casada con Don Domingo Aldunate y Carvajal y Don Manuel, casado con Doña Rafaela Valdivieso y Ureta. No tardó la fatalidad en hacerse presente en el hogar de Doña Javiera y poco tiempo después, falleció su esposo, víctima de un accidente en 1798. Dos años duró la viudez y joven aún nuevamente contrajo matrimonio, esta vez con Don Pedro Díaz de Valdés y Galán, natural de Oviedo y que hacía poco tiempo había llegado a Santiago con el empleo de Asesor de la Capitanía General del Reyno.

Durante el período llamado de la "Patria Vieja", y el que le precedió, Doña Javiera mantuvo abierto su hogar a lo más, distinguido y selecto de la sociedad de aquel entonces. Supo elegir sus amistades entre los intelectuales, militares, artistas, ministros de la fe cristiana, hombres públicos, cte. Orgullosa como su madre, se marginó siempre de la

vulgaridad sin que por esto mantuviera abierto su corazón a la caridad y protección al desvalido. Su alta posición social, unida a la de su esposo en segundas nupcias, le permitieron alternar de una manera destacada, con las altivas andaluzas y castellanas que pretendían subestimar a las criollas chilenas. A pesar de llevar en sus venas sangre hispana, supo con donaire y distinción, ubicarlas en su justo calzo. Corría el año 1810, invadida la Península Ibérica por las huestes napoleónicas, brisas inquietantes cruzaron los mares y vinieron a posarse en los pueblos de la América Austral. Era el momento propicio que largo tiempo esperaban abnegados patriotas, para constituir un gobierno independiente. A las reuniones secretas se sucedieron los mítines y, las persecuciones. El hogar de Doña Javiera enlutado por segunda vez por el fallecimiento de su madre en 1806, se vio activado por las continuas reuniones que allí hacían destacados chilenos que anhelaban ver libre a Chile de la, opresión española. Y cosa curiosa y digna de destacarse, para gloria de todo buen chileno, en este hogar de un Carera donde se aspiraba el perfume de Castilla, en donde los mantones de Sevilla adornaban la mansión y las espadas toledanas pendían al cinto de los caballeros que la frecuentaban, se abatió en primera instancia el pendón de España para dar paso y cabida al de Chile. Fue pues, en un hogar chileno, al igual que otros, dignamente constituido, donde se comenzó a hacer patria con firmeza y decisión. ¿Podrá criticarse entonces a los Carrera, que con altivez y señoría

resolvieron dejarla en libertad, permitiéndole regresar a la Capital del Plata. Pero, aquella efímera bonanza que iluminó su vida por un instante, se tornó en tempestad cuando se tuvo noticias que el Ejército del Alto Perú, en la posta de Arequito, se había sublevado acaudillado por Carrera y algunos generales argentinos. Desesperada ante una nueva detención en infectas mazmorras de los Fuertes Militares, huyó a pie amparada por unos amigos ingleses compadecidos de su desgracia. Logró al fin refugiarse en un barco de guerra del Brasil, al ancla en una de las pozas del Río Barrancas. Más tarde se asilo en Montevideo hasta que su hermano José Miguel entró triunfante en Buenos Aires y se proclamó Jefe Supremo del Gobierno de Argentina. Era el año 1820, poco tiempo duró a Carrera su gobierno; acosado por las intrigas palaciegas y ansias de poder de un grupo de caudillos, entregó su triunfo al General Alvear quien no supo aprovechar la victoria que le brindaba Carrera. Volvieron los infortunios y las persecuciones; Doña Javiera regresó a Montevideo y Don José Miguel, apresado nuevamente después de la Batalla de Punta de Médano, fue ejecutado el 4 de Septiembre de 1821, en Mendoza, donde años antes, lo habían sido sus dos hermanos.

Se había cumplido una etapa más de la vida martirológica de la familia Carrera. Doña Javiera que vio nacer a sus hermanos y formarlos a su semejanza, también los vio perecer víctimas de la infamia y cobardía de quienes sustentaron el poder. Desterrada voluntariamente en Montevideo, se negó una y mil veces regresar a Chile mientras estuviera en el poder Don Bernardo O'Higgins, a

quien hacía principal responsable de la muerte de sus hermanos. Finalmente, con la abdicación de O'Higgins y su alejamiento de éste al Perú, en 1823, resolvió regresar a su patria y a su hacienda San Miguel. El viaje lo hizo por la vía, marítima acompañada de Don Manuel Gandarillas, el Capitán Vidal, fiel subalterno de Don José Miguel y de su infaltable sirviente el mulato Cornejo. Pisó tierra chilena e, la entrada del otoño de 1824, en Valparaíso. Los tiempos de inquietudes en su propia tierra se tornaron ahora favorables y lograron mitigar en parte el dolor que la embargaba, por tanto sufrimiento en el ostracismo.

Una vez de regreso en Chile, fue su primera preocupación conseguir la repatriación de los restos de sus hermanos. En 1828 logró por fin su deseo gracias a la bondadosa acogida que le brindó su amigo de la infancia, General Don Francisco Antonio Pinto, Presidente de Chile. El 14 de junio de ese año tuvo lugar la expatriación de los restos de sus hermanos, dando lugar a una solemne ceremonia, asociándose todos los buenos chilenos a ese acto de justicia y de reivindicación nacional.

En un principio, los restos de los hermanos Carrera descansaron en una tumba ordenada hacer por Doña Javiera, en la Hacienda San Miguel. Posteriormente fueron trasladados a la Catedral de Santiago, donde reposan los mártires inmolados en el altar de la Patria.

Doña Javiera, vivió sus últimos años, dedicada a venerar lo que tanto amó en vida. Alejada de la vida mundana y social hizo de su casa en San Miguel un verdadero claustro Falleció a los

81 años de edad, el 21 de agosto de 1862. Gobernaba a la sazón, Don José Joaquín Pérez. A sus funerales se hizo representar por uno de sus edecanes militares y dio su aprobación a los actos dispuestos por la autoridad local, para dar digna sepultura a una chilena ilustre y mártir. Se transcribe a continuación, el texto dispuesto por las autoridades con motivo de su sepultación:

"Santiago, 21 de Agosto, de 1862.
"Habiendo fallecido la respetable matrona Doña Javiera Carrera de Valdés, que por tantos títulos, se hizo acreedora a la gratitud pública, de acuerdo con el Supremo Gobierno, se concede a sus deudos el permiso necesario para que el cadáver pueda ser depositado en la Iglesia del Convento de San Francisco, donde deberán hacerse los oficios de cuerpo presente, mañana 22 del corriente y para que, terminados éstos, a cualquiera hora del día que fuere, sean conducidos al Panteón General. Anótese y preséntese a la policía y oficinas de establecimientos

y beneficencia. Fdo. Bascuñán Guerrero. Carlos A. Rogersí'.

Años más tarde sus restos fueron trasladados a la Catedral de Santiago y descansan junto a los de sus hermanos en ese Templo Metropolitano,

Chile y los chilenos generalmente apáticos con sus héroes han sabido hacer justicia a los Carrera colocándolos en el sitio que les corresponde. En todas partes se les venera, los sentimientos mezquinos y partidistas que dividen a la familia de esta tierra, deben desaparecer. Solo el amor es fecundo dijo un gobernante chileno y en este caso, con amor y respeto a los próceres se hace patria y se le enseña a los extranjeros que vienen a radicarse en Chile, que la Independencia de este país, se gestó en los hogares chilenos de fino linaje, destacando en el de Doña Javiera Carrera y Verdugo y culminó en los campos de batalla, donde se rindió culto al valer y al heroísmo.

**Eduardo Saavedra Rojas
General de Brigada (R)**

En noche pasada, de luna esplendente,
El bronce de O'Higgins miró al de Carrera;
(El cielo un momento de vida les diera)
Y aquél héroe al otro habló en voz potente:
- Mi amigo de un tiempo, mi buen
compañero
¿Al odio, hasta cuándo cedemos insanos?
No es propio de nobles.. ¿unamos, las
manos?
- Sabéis (dijo el otro) que soi caballero.
- Venid, pues, entonces; gustoso os aguardo
De nada hablaremos de fecha pasada:
Mas, si, de esta Patria, por ambos amada...
- Venid vos, jinete, mi paso es más tardo.
Con ímpetu- nobles O'Higgins, entonces,
Picando el caballo, lanzóse de un salto;
Carrera a su turno, bajó de lo alto;
Y pronto estrecharon sus manos de bronce.
- Verdad (dijo O'Higgins) que da
pesadumbre
El ver a esta gente cual va desunida?
Y dimos la sangre, y dimos la vida.
Por verla una grande llegar a la cumbre...
Y ¿quiénes, al pueblo, dan triste el ejemplo,
¡Los mismos que él llama, su ley, a dictarla!
Chocando ambiciones en vez de acatarla.
En Campo de Marte convierte su templo...
- Sí (dijo Carrera) cierto es que, vehemente,
Hoi Chile se ajita con grandes pasiones;
Mas ¿qué? son latidos de mil corazones,
De un pueblo muy joven muy noble y
ardiente.
Sabéis vos que el agua se pudre en reposo;
Que es vida el esfuerzo del cuerpo y del
alma.
- Chile ama la lucha, desdeña la calma...
- Señala de que es libre y altivo y celoso.
Guerrera es su sangre, su honor, exaltado;

**DEL PERIODICO "EL FERROCARRIL"
Santiago, 9 de Junio de 1899.**

BELLAS LETRAS

Las dos e s t a t u a s

Belisario Guzmán Campos

¿No vistéis? dos pueblos tramaron su muerte:
Y alzando él su brazo, cual su ánimo fuerte,
Al uno y al otro dejólo humillado.
- Por su honra y su gloria allí combatía;
Mas ¡a!, si aquí, entre ellos, se van a las manos!
Pues, fieras hostiles los que hoi son hermanos,
Tras lucha nefasta vendrá tiranía. . .
-¡No, nunca un tirano sentó aquí tu planta!
¡Jamás despotismo creció en esta tierra!
En paz la hemos visto lo mismo que en guerra,
¡La lei, ella sola su espalda levanta!
-¡Quisieran los cielos que así siempre fuera;
Y que antes que verla sin honra,
humillada,
Mi efijie, en vil polvo, cayera indignada
y que aún mi memoria por siempre muriera!
-Mas, todo le augura benéfico síno:
Virtud y talento, nobleza del alma,
Daránle, en el mundo, el lauro y la palma
-Velemos, no obstante, por su alto destino.
-¡Feliz será Chile! lo abona su historia;
Y en tanto a la Patria la invoque un solo
hombre,
Y en tanto estos bronceos recuerden tal nombre,
¡Feliz será Chile! - ¡Honor a él y gloria!

Santiago, 7 de Junio de 1899

Monumento al Héroe Desconocido

Eulogio Rojas Mery

Ocupa el centro de nuestra Plaza de la Independencia, una hermosa obra artística, que ha motivado renovadas polémicas; sobre su significado.

Se sabe que ese monumento fue traído a Valparaíso por Francisco Xavier Rosales, joven aficionado al comercio de obras de arte, habiéndolo adquirido en Génova del propio escultor Orsolino.

En Santiago lo ofreció en venta al Intendente don Rafael Bilbao, y para darle un carácter nacional, se publicó en el diario "El Verdadero Liberal", de fecha 17 de Abril de 1829, un artículo encomiástico del DISEÑO de ese monumento, dándole el significado siguiente: El medallón central representa al general Alcázar; y los otros relieves a la Captura de la María Isabel, la batalla de Maipú y la entrada a Lima del Ejército Libertador comandado por San Martín, y, por último la salida de Valparaíso de esa expedición libertadora.

Esta versión fue aceptada, sin mayor estudio, cuando se erigió ese monumento, que era una fuente monumental, en reemplazo de la "Pila de Meneses", que antes existía en la Plaza. Pero posteriormente el nuevo Intendente, don Benjamín Vicuña Mackenna, publicó en "LA LINTERNA" tomo II en 1885, un artículo criticando la anterior definición por ser totalmente absurda y contraria a la realidad histórica de Chile. Agregó ese artículo otra versión, asignando al medallón central el nombre de Bolívar, y a los otros relieves, la salida de la

Expedición Libertadora, la entrada a Lima y la batalla de Ayacucho.

Esta nueva versión, fue ampliamente reforzada por Carlos Vicuña Mackenna en un artículo polémico publicado en 1916 en la "Revista de Historia y Geografía" que termina con la siguiente admonición: "¿Justifica a los ojos de la generación presente, la mezcla de candidez y picardía con que el Cabildo de 1836 compró a don Francisco Xavier Rosales, UN MONUMENTO DE LANCE, DE ROPA HECHA, por decirlo así, para consagrarlo a las glorias nacionales? ¿Podríamos consagrar hoy esa falsificación inscribiendo en los sitios correspondientes, a sabiendas de su falsedad, las designaciones que aparecen en "El Verdadero Liberal", de 1827, sostenidas en 1896 por el Sr. Barros Arana?

¿Debemos dejar el Monumento tal como hoy se encuentra para que siga siendo un VERDADERO ENIGMA, y para que, cuando hasta el recuerdo del presente trabajo se haya perdido, VUELVAN OTROS a buscar y quizás a no hallar su peregrino origen?

Tal como lo dijo Carlos Vicuña Mackenna, no han faltado los escritores que han dado otros significados de su cosecha a, este enigma, pues uno llegó a afirmar, ex cátedra, que representa la ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CHILE, y otro que, aceptando lo dicho por Vicuña Mackenna, ha descubierto que la figura que corona el Monumento es MINERVA, no obstante de carecer de los atributos que universalmente se le conceden a

esta diosa, de ir cubierta su cabeza con un casco, su mano derecha con una lanza y su mano izquierda con el escudo y la égida sobre el pecho.

Por nuestra parte, hemos estudiado detenidamente este problema, a la luz de la historia de la Independencia de Sud América, y hemos llegado a muy diversas conclusiones que las ya citadas.

En su conjunto, el Monumento representa el gran pensamiento del Libertador Bolívar, tal como lo expresó en el Congreso de Cúcuta, el 6 de Abril de 1821: "La Constitución de Colombia será, junto con la Independencia, el ARA SANTA en la cual haré mis sacrificios. Por ella marcharé a las extremidades de Colombia A ROMPER LAS CADENAS DE LOS HIJOS DEL ECUADOR. A convidarlos con Colombia después, de hacerlos libres".

Estas palabras de Bolívar, se repiten con frecuencia en su correspondencia oficial diciendo: "LA HERMANA MAYOR (Colombia) DEBE ROMPER LAS CADENAS DE LA HERMANA MENOR (Ecuador)". Es por eso la figura femenina que corona el monumento y que está de pié viene con las sandalias y el bártulo del caminante.

Vicuña Mackenna en 1872, quitó el bártulo, por creer que se trataba de un simple sostén para que la figura soportara el viaje sin quebrarse.

Sabemos que Ecuador consolidó su Independencia después de la batalla de Pichincha (24-V-1821) y el gobierno provisional promulgó con fecha 29 del mismo mes y año una RESOLUCION que dispone lo siguiente:

Art. 1º-"Ecuador queda incorporado a Colombia" (ideal de Bolívar).

Art. 2º-Se otorga al personal victorioso UNA MEDALLA CON EL SOL DE PICHINCHA en el anverso (tal como se ve en la medalla que está en la parte superior frontal del monumentos).

Art. 3º-Ordena la ERECCION DE UN MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE PICHINCA.

Ahora bien como el héroe de esa batalla fue el General Sucre, que comandaba el ejército de Guayaquil, porque aun estaba en vigencia el Armisticio de Trujillo (25-XI1820) es natural que: en retrato figura en el frontis de ese monumento conmemorativo de esa gloriosa batalla.

Por lo demás podemos asegurar que el retrato que ostenta el medallón del zócalo, no puede ser de Bolívar, como sostuvo Benjamín Vicuña Mackenna, porque el eminente investigador bolivariano Vicente Lacuna afirma en la página 4 de su interesante obra "Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar", que "Bolívar nunca usó condecoraciones ni medallas de ninguna clase". Ese retrato, como puede ver cualquier transeúnte, tiene el pecho cubierto de medallas.

A mayor abundamiento, publicamos el retrato de Sucre que se encuentra en la página 288 de la obra titulada "Bolívar" escrita por Thomas Rourke, que es absolutamente igual al que está en el medallón de este monumento y en el busto erigido a la memoria del gran mariscal de Ayacucho en la calle Sucre de la comuna de Providencia.

En cuanto a los otros relieves, creemos que el que se encuentra en el relieve del lado Sur representa la acción que el citado historiador Rourke, narra en la página 293 de

ese libro ya citado, en la siguiente forma: "Un gran contingente de soldados se apoderó en el puerto de Guayaquil de seis navíos armados, proclamaron al Rey de España su soberano y se dieron a la mar. Sucre embarcó en dos navíos de guerra a las tropas británicas, Batallón Albión ir salió en persecución de los desertores, a quienes consiguió detener. Por su parte, el historiador ecuatoriano Gabriel Pino Icaza, en su obra "Derecho territorial ecuatoriano", página 535 refiriéndose a esta sublevación, dice que ella se efectuó el 17 de Julio de 1821 y que fue capitaneada por el Teniente de Fragata Ramón Oyague.

El relieve del lado oriental indudablemente representa la batalla de Pichincha (24V-1822) dada la configuración en forma de cono, característica del corro de Pichincha, muy diversa a la del cerro Condorcanqui, de lomajes suaves en que se efectuó la batalla de Ayacucho.

El último relieve del lado occidental, no puede representar la entrada de San Martín a Lima, porque, es sabido, que éste entró de noche a Lima y sólo acompañado de su ayudante. Mas racional es creer que esa entrada es la del ejército vencedor a la Capital de Quito.

Para terminar diremos que la figura de un adolescente y los caimanes que se encuentran debajo de las figuras

femeninas superiores, representan el glorioso Río Guayas (los griegos representaban a los ríos con un Adonis.) en cuyas márgenes se verificaron las acciones libertadoras del Ecuador.

Como nota curiosa, debernos señalar un hecho que revela el poco respeto por la verdad histórica de las personas que intervinieron en la erección en Santiago de este monumento ecuatoriano: para darle algún carácter de chilenidad, adulteraron la bandera colombiana del ejército de Sucre y la transformaron en la bandera actual de Chile, en el relieve que representa la entrada a Quite, del ejército triunfador en Pichincha.

Involuntariamente, los autores de este acto insólito, con él, hicieron un acto de vindicación histórica, a los cientos de militares chilenos que combatieron en esa batalla, según lo manifiesta el historiador Sr. Bulnes en su "Expedición Libertadora": y los historiadores ecuatorianos Srs. Fermín Cevallos, Lorenzo Villanueva y Bartolomé Donoso, en sus respectivos tratados de Historia.

Aclarado este bochornoso tema, formulamos ardientes votos, porque algún día próximo nuestro gobierno ha de disponer que ese monumento sea regalado a nuestros leales amigos ecuatorianos, para que él sea colocado en el sitio que le corresponda.

E. Rojas Mery

Carrera, héroe olvidado

Lilian Pellegrini de Wormald

Así pensé titular mi libro aquel día 4 de Agosto de 1959. Desde entonces empecé a vivir una aventura más bien digna de película o de novela.

Conocí una señora de bellas facciones y ojos claros. Tenía que darle un mensaje de unos amigos nuestros, como esta anciana vivía en El Monte y mi familia posee propiedades en Cartagena, me pidieron que al venir un fin de semana al balneario, pasara a, investigar sobre ella, pensando que la larga ausencia se debería a que habla muerto. Muy cerca estuvo de esto. Llegué en el justo momento que yacía postrada gravísima. Sólo la acompañaba un enorme perro guardián llamado "Leal".

Al principio se hizo pasar por la empleada. Su orgullo de casta le impedía dar a conocer la triste situación en que se encontraba:

"Adela Ramos Díaz de Valdés, ha muerto", dijo, pero al oír el apellido de la familia que nos enviaba estalló en sollozos, besándome las manos.

.Sería alargar mucho esta entrevista, sólo diré lo siguiente:

Le salvé la vida. Mi esposo y yo la trajimos a operar al Hospital San Juan de Dios. Desde ese momento nuestras vidas se entrelazaron para siempre. Antes de dirigirse al hospital, me entregó unos libros en agradecimiento:.

"Lea hija", me dijo, "y comprenderá mejor mis palabras, y si muero en la operación quiero que sepa que me iré feliz".

Supe que era tataranieta de doña Javiera Carrera, venía de Pío, su hijo menor.

. Una noche que estaba muy aburrida y, no teniendo que leer, me acordé de esos libros. Pero al mirarlos vi que eran todos de historia, tema que no era de mi devoción. Al fin decidí leer el más delgado y vi que era sobre José Miguel Carrera, de quien nada sabía, pues en el colegio jamás me habían enseñado nada de él, había aprendido a venerar a O'Higgins como "UNICO", Padre de la Patria. Sentí curiosidad al leer el nombre de la autora, años atrás una tía de mi esposo me la había presentado. Leí todo el libro de doña Isabel Carrera de Ried. Ahora comprendía', un poco tarde, lo que ella deseó explicarme en aquella ocasión. Su rostro se me aparecía tal como la conocí, de hermosas facciones y aristocráticos ademanes.

Me impresioné todo hondamente. Al día siguiente fui a calmar mis nervios a la catedral, y cual no sería mi sorpresa que al retirarme de mis oraciones, encontré la tumba donde descansan los hermanos Carrera.

Allí yacían sus restos. Dios había escuchado mis plegarias, y esa era la prueba, por lo menos sabía donde venir de vez en cuando a dejarles una flor.

Al día siguiente conversé con Alejandro Flores y su señora, y les expliqué mi problema. Quería luchar por la reivindicación de Carrera. Ellos me mandaron a conversar con el senador Humberto Aguirre Doolan. Lo encontré en la Gran Avenida en la inauguración de un Parque de Isabel Riquelme. Después de tres horas logré hablarle sobre el asunto de mi protegida, y él me respondió:

"Si es descendiente de doña Javiera Carrera, Ud. debe dirigirse al Sr. Eleazar Vergara, es director de Informaciones de La Moneda y vicepresidente de los Carrerinos, él le pondrá en contacto con el Instituto Carrera".

Ese mismo día, en la Moneda, conocí al señor Eulogio Rojas, presidente de los Carrerinos. Parece que no, me tomó en cuenta, me escuché, miró algunas reliquias que yo llevaba para acreditar la autenticidad de mi relato y me dijo:

"El Miércoles 2 de Septiembre hay reunión del Instituto Carrera", y me dio su dirección.

Esperé con ansias ese día, creí que iba a conocer a muchos miembros, pero, me llevé la gran sorpresa. Sólo habían cuatro personas, entre ellas un joven llamado Manuel Balbontín. Fue el único que me prestó atención a lo que yo le conté, y los proyectos que tenía.

Al día siguiente partí con mi esposo hacia el pueblo de El Monte, de allí traje montones de flores de la chacra Santa Adela, todo el mundo cooperó sabiendo que eran para José Miguel Carrera, su héroe querido.

Cubrí de flores el altar y el monumento del prócer en la Alameda. Me extrañó que un Padre de la Patria, de la categoría de Carrera, no tuviese un monumento ecuestre.

Tiempo después, supe que en el pueblo del Paico existía una parroquia antiquísima, donde se veneraba en la sacristía "el cráneo que se le atribuye a José Miguel Carrera. Estaba allí desde el año 1821 en una pequeña urna blanca, presentaba en la frente unas huellas de lanzazos. La gente de la comarca la llamaban la "Santa Calavera", se encontraba siempre con flores y, velas encendidas. "Es muy

milagrosa", decían. También supe que el sacerdote de El Monté pensaba demoler la iglesia.

Hice cuanto pude por detener la demolición de la parroquia, y lo conseguí por Intermedio de la prensa y el Arzobispo de Santiago. Por las dudas rescaté el presunto cráneo de Carrera con la autorización del Vicario General del Arzobispado, Monseñor Baeza, y lo llevé en custodia al Museo Histórico Nacional para un peritaje antropológico. He ahí un enigma de la historia:

¿Es o no el cráneo del Prócer?

En cualquier otro país ya lo habrían descifrado.

Por la tradición oral que todo el mundo cree en esa comarca, pertenece al prócer. Está viva doña Adelaida Leiva Herrera, de noventa y ocho años, nieta de Toribio Rojas, el arriero-cartero secreto del General Carrera, quien trajo su cráneo desde Mendoza después que lo fusilaron y descuartizaron.

Llegó el día 15 de Octubre, fecha del natalicio del prócer y se me ocurrió realizar una exposición recordatoria. Había que refrescar la memoria de los chilenos.

¿No se acordaban ya quién era Carrera?

La tarea fue dura, no había que perder tiempo, se habían perdido muchos años.

Empecé a formar el Museo Carrera con lo poco y nada que tenía y otras reliquias que me facilitó el Museo Nacional, se Inauguró la Exposición en la Sala de la Biblioteca Nacional.

Había que darle realce, se consiguió el cuadro de Carrera que hay en el Club de la

Unión y mandé a confeccionar dos banderas de la Patria Vieja, las cuales se las regalé al prócer para ser

colocadas en los futuros actos públicos que se hagan en su honor. La exposición duró dieciocho días y fue gran cantidad de personas a visitarla.

Desde aquel día hasta hoy he realizado siete exposiciones; la última fue en Establecimientos Cic, Estado 355, quienes gentilmente facilitaron las vitrinas. Fue un éxito durante treinta y cinco días. El motivo fue hacer reclame para la colecta pro monumento ecuestre para el General Carrera.

Volviendo atrás, ese mismo año en Diciembre fuimos con mi esposo a Argentina, en nuestro auto para averiguar "ciertas ofensas" que aún existían allá para los Carrera; dejé constancia de ello en Relaciones Exteriores. Tuvimos oportunidad de viajar por los lugares de sus correrías: La Pampa de San Luis, Villa Mercedes, Río Cuarto.

La ofensa estaba borrada. Estos datos me los había proporcionado el señor Reinaldo Marín, Subcontralor de la República.

Finalizaban cuatro meses de ardua labor al servicio del General Carrera.

Pero antes de partir había dejado preparada una iniciativa mía: colocar el nombre del Prócer a la Gran Avenida. Estaba sola, meses antes había renunciado al Instituto Histórico José M. Carrera. El 13 de Febrero de 1960, aniversario del diario "La Aurora de Chile", (bajo el Gobierno de Carrera y con la imprenta que él mandó traer desde RE. UU.) se bautizaba a la Gran Avenida con el nombre de "José Miguel Carrera", entonces realicé otra exposición en el Museo Ochagavía, paradero 9 de dicha calle. Ese Museo Histórico, en esa casona, se alojó San Martín, en vísperas de la Batalla de Maipo, que

consolidó la Independencia de Chile. Coloqué a Carrera en el lugar que le habría correspondido si le hubiesen permitido ayudar en ese día de gloria para Chile. Carrera presidía la exposición. Los o'higginistas colocaron en las habitaciones contiguas reliquias de O'Higgins y San Martín. Hubo Misa de Campaña. En Marzo de ese mismo año, supe que el señor Julio Palestro, Alcalde de San Miguel, no se había preocupado de sacar la Ley con el cambio de nombre. Otra nueva tarea para mí. Humberto Aguirre Doolan me ayudó a ponerla en tabla. Hasta que saqué la ley justo el 18 de Septiembre de 1960. Ese era mi regalo al Prócer, en Fiestas Patrias. El señor Balbontín me pidió que aceptara el puesto de encargada de la publicidad y contratara avisos para sacar a luz la revista "Patria Vieja" del Instituto. Acepté. Todo fuera por Carrera, a pesar de sentirme enferma, conseguí los avisos y la revista salió el 15 de Octubre de 1961. Mientras tanto, yo había logrado los permisos del Servicio Nacional de Salud, V Zona, que es la que corresponde a la Iglesia de la Catedral para abrir la tumba de los Carrera para el peritaje. Necesitaba el apoyo, de los 12 miembros que componían el Venerable Cabildo Eclesiástico. Tuve audiencia con el Cardenal Monseñor Raúl Silva Henríquez. Le conté todo lo relacionado, en los Carrera y mis afanes por ellos. Me bendijo y me pidió que nada ni nadie me detuviera en mis propósitos porque "mi misión era muy hermosa". "Esa es su misión, hija, todos llegamos a la tierra con una. Cumpla la suya". Lo haré Monseñor, se lo juro, trataré en mi calidad de argentina de hacer olvidar lo que haya ocurrido. Lo único que me

consuela en que esas órdenes de fusilamiento no iban con la firma del General San Martín, sino con las de su' compatriota O'Higgins, y contra eso no había nada que hacer. Le conté de ese antagonismo de carrerinos y o'higginistas. Ahora veo que es porque a Carrera no se le hizo nunca justicia. NO SE LE REIVINDICO JAMAS COMO ES DEBIDO, Para los o'higginistas seguía siendo un bandido, un cuatrero, un traidor, ¡y eso eran sus compatriotas!

Me extraño que poseyendo descendencias tan poderosas no hubiesen puesto atajo a esas infamias.

Si O'Higgins los indultó y el indulto llegó atrasado en 1818 y 1821 ¿cómo podían ser bandidos?, ¿entonces para qué los indultó?, ¿o era para alivianar su conciencia? Los o'higginistas que durante 3 colectas públicas Pro Monumento Ecuestre del General Carrera, atacan a las damas que piden, duramente diciéndoles:

"No damos para ese traidor", "ese bandido, ese ambicioso".

¡Abajo Carrera!, gritan otros, enfurecidos. En esta última colecta realizada el 15 de Octubre, me encontré con el presidente de los o'higginistas de Chile, señor Humberto Aguirre Doolan, le pedí que cooperara y le señalé tres individuos que acababan de atacarme increpando la memoria de Carrera, dijeron ser o'higginistas, éstos me reconocieron por una foto que 7alió en "La Tercera de la Hora", del 13 de Octubre donde reconocían públicamente mi labor. Señor Aguirre enseñe mejor su gente y dígales que lean los nuevos libros de reivindicación del Prócer, del señor Manuel Balbontín "Epopéya de loa

Húsares" y el del señor Julio Alemparte "Carrera y Freire, fundadores de la República". Jorge Inostroza editará otro luego, y así seguirán otros, quiero que sepa que el movimiento está en marcha, ya nada puede detenerlo, la memoria del Prócer sale a la luz. Se cumplirá su ruego que hizo antes de morir:

"Pido a las generaciones futuras que algún día, reivindiquen mi nombre ya que muero como bandido chileno y en tierra extraña".

Ese ruego ha sido escuchado, por mí, hace cuatro años al leer su trágica historia, vendrán otros y otros, es un ejército interminable de adeptos a la causa. Ahora hay una avenida, Gran Avenida José Miguel Carrera, con 49 paraderos, su Monumento Ecuestre, (que viene con 100 años de atraso), el Museo Carrera que estoy formando y que espero completarlo algún día para donarlo a mi vez, así como sugiero que los descendientes que tienen reliquias, las donen, para que se construya el Gran Museo, quizás un día no muy lejano la Hacienda San Miguel pueda declararse Monumento Nacional, y allí debieran volver sus reliquias, al finalizar esta obra de reivindicación.

Que Dios ilumine a sus defensores y que este odio entre "hermanos" se acabe.

No hubo tal traición en Rancagua, -se ha demostrado repetidas veces.

¿Entonces de qué lo acusan? ¿Ambicioso?... Tuvo sitiada durante 48 horas la ciudad de Buenos Aires, los argentinos le ofrecieron la presidencia y él no quiso aceptar, no quería -imponer un gobierno extranjero así como él no lo hubiese aceptado en Chile.

En Argentina ha empezado ya un movimiento de reivindicación: al lago

Beagle se le cambió por el de General José Miguel Carrera, el escritor Joaquín Pérez ha escrito el libro "San Martín y Carrera".

En mi calidad de argentina he solicitado al señor Embajador que se coloque un monolito recordatorio en Mendoza en el lugar donde fueron fusilados los tres hermanos Carrera y en Chile he pedido al vicepresidente del Instituto de Conmemoración Histórica, señor René Aravena Williams que se coloque un monolito de mármol en el lugar donde nacieron los cuatro hermanos Carrera, Agustinas con Morandé.

No hay dinero, contestó, pero se hará. Yo le prometí ayudar a reunir fondos para ello.

Para terminar, quiero que sepan los chilenos, que soy argentina de nacimiento pero chilena de corazón, mi marido chileno me ha secundado, en todo, y mis tres hijos chilenos también cooperan en la causa.

En 1962 me vino, una hernia al hueso sacro de la columna vertebral, creí morir o quedar inválida, pero las palabras del Cardenal me bullían en mis oídos día a día hasta que fui recuperando fuerzas:

"Hija, continúe, que nada ni nadie la detenga, porque su misión es muy hermosa".

Continuaré aportando mi granito de arena. En 1961 gestioné en Valparaíso con el Alcalde Guillermo Winter Elizalde el cambio de nombre a una Avenida importante por el de José Miguel Carrera en reconocimiento de que la Universidad Santa María es donación de Federico Santa María Carrera, para perpetuar el nombre del ilustre patriota. Esto está en trámite.

En 1962 se aceptó en la Municipalidad de Cartagena mi

iniciativa de colocar a la Avenida "La Marina", la costanera que sube a la estación, el nombre de José Miguel Carrera. Ese mensaje lleva el Oficio 41 del 9 de Marzo de 1962 certificado N° 684, enviado al Ministerio del Interior por el Alcalde Fernando Rosselot.

"No he sacado aún la ley, y ellos tampoco lo han hecho, pero lo haré en cuanto termine de contratar avisos para que pueda salir el N° 13, al público, de la Revista "Patria vieja".

En esta última Exposición Recordatoria he tenido la enorme satisfacción de ver las vitrinas llenas de público desde las 9 A. M. hasta la 1 la madrugada, hora en que cerraban.

Hay muchos simpatizantes; ha llegado toda clase de gente a mi casa con distintos pedidos: afiches de Carrera, láminas con su retrato, otros venían a dar las gracias por haberse acordado "al fin de ellos".

Un señor, Máximo Hidalgo, dejó una, poesía dedicada al prócer. Una anciana dama de 85 años exclamaba con voz temblorosa:

"Este es el verdadero Padre de la Patria, el otro es un intruso".

El señor Luis Trabuco, abogado, pedía a nombre de él y otros colegas, láminas de Carrera y Manuel Rodríguez, para colocar en sus Estudios, estaban dispuestos a pagar hasta E° 5,00 por lámina, Yo, le dije que nosotros las regalaríamos como tantas otras cosas, pero que el Instituto Carrerino es pobre, no recibe ninguna asignación del Gobierno como el Instituto O'Higginiano.

Todo, lo realizado por mí ha sido altruistamente, sin recibir ayuda de nadie. Como se ve, el libro que algún día pensaba escribir con el título de "Carrera, héroe olvidado" ya no

podría llamarse así; Carrera NO ESTA OLVIDADO, sólo adormecido su recuerdo, con mucha tierra encima, era cuestión de terminar de barrer esa basura y dejar m nombre

limpio, muy limpio como siempre lo fue.

„¡CHILENOS Y COMPATRIOTAS OS INVITO PARA QUE COOPEREIS A ELLO!"

Santiago Septiembre 18/1963.
Chile a sus héroes máximos, los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez caídos en manos sádicas y en rencores insanos, patriotas encarnados en este canto a don José Miguel Carrera, víctima de la más injusta muerte y de la más nefanda profanación a sus sagrados restos mortales!!!

Por las potentes alas de la Inmortalidad
Alce a Ti el más insigne y digno monumento;
Que será Pensamiento y será Sentimiento,
bajo todos los, astro de todo firmamento
y ante todas las razas de toda Humanidad!!!

Semidió de la Gloria, José Miguel Carrera:
Asombroso soldado, cuya historia,
Es una gigantesca trayectoria
De la que no hay ejemplo ni hay memoria
En el desfile de la Heroicidad!!!
José Miguel Carrera, ser Divino:
Para el bronce has nacido...
Y la Tierra ha de honrarse,
Cuando excelso y ungido

Por tu nombre Glorioso;
Por tu Pueblo lloroso
este homenaje a Ti será Recuerdo y Ley!!!
Caudillo amado y Mártir,
Presa de grises logias, de infieles y traidores:
Suba a Ti esta alabanza,
Prócer Incomparable!
Noble como tu extirpe;
Brava como tu Grey!!!

Máximo Hidalgo